

EL BRONCE MEDIO Y TARDIO EN LA RIOJA **The Middle and Late Bronze Age in La Rioja**

JOSÉ MARÍA RODANES

Palabras clave

Prehistoria. Edad del Bronce. Cogotas I. La Rioja. Valle del Ebro.

Key words

Prehistory. Bronze Age. Cogotas I. La Rioja. Ebro Valley.

Resumen

Se presentan los resultados de las últimas excavaciones practicadas en La Rioja, en especial aquellas que por la cronología de sus niveles o por las características de sus materiales son comparables con las realizadas en yacimientos atribuidos al Bronce Medio y Tardío del Valle Medio del Ebro y Meseta Norte.

Abstract

The paper offers the results of the latest excavations undertaken in La Rioja, and in particular those which either the dating of the archaeological strata or the nature of the find materials suggest parallels with sites from the middle part of the valle del Ebro and from the North Meseta dated to the Middle and Late Bronze Ages.

Las investigaciones arqueológicas en La Rioja son todavía escasas a pesar del incremento que se produjo durante los años ochenta y que por desgracia se está reduciendo en los últimos tiempos. Las grandes lagunas de conocimiento son, pues, enormes y difícilmente soslayables mientras no se acometa una política de excavaciones rigurosa y

decidida que contemple e intente solucionar el problema, asumiendo la carestía de información sobre determinados periodos, más allá de las urgencias impuestas por la conservación del patrimonio arqueológico.

Excepto el Paleolítico Inferior y Medio conocido a través de los trabajos dirigidos por P. Utrilla en el Valle del Najerilla y en la cueva de Peña Miel en el Valle del Iregua, y las intensas campañas sobre el fenómeno Megalítico emprendidas por C Pérez Arrondo y C. López de Calle en el interfluvio Iregua-Leza, el resto de las actuaciones, más esporádicas, no han conseguido trazar la evolución de las correspondientes etapas de las que poseemos, lógicamente, datos más fragmentarios (RODANÉS, 1991, 1996 a y b).

Las recientes excavaciones que hemos realizado en las cuevas de San Bartolomé (Nestares) y Tragaluz (Pinillos), junto a las practicadas el siglo pasado, las nuevas revisiones de algunas de ellas (Cueva Lóbreaga y Peña Miel Superior), o los yacimientos incorporados a los catálogos mediante prospecciones como la Peña del Recuenco, cueva de Los Lagos, Majada Londeras o Pradoviejo (HERNÁNDEZ VERA, 1975; CASADO y HERNÁNDEZ VERA, 1979; PÉREZ ARRONDO, 1986; PÉREZ ARRONDO, CENICEROS y DUARTE, 1987; ÁLVAREZ y CENICEROS, 1992), permiten elaborar un esquema, sumamente provisional, de las facies u horizontes arqueológicos de la Edad del Bronce, concretamente de las fases intermedias (figura 1). El ensayo, aunque arriesgado por la escasez de datos, puede resultar ilustrativo y paliar momentaneamente el desconocimiento que existe sobre buena parte del II milenio BC en La Rioja.

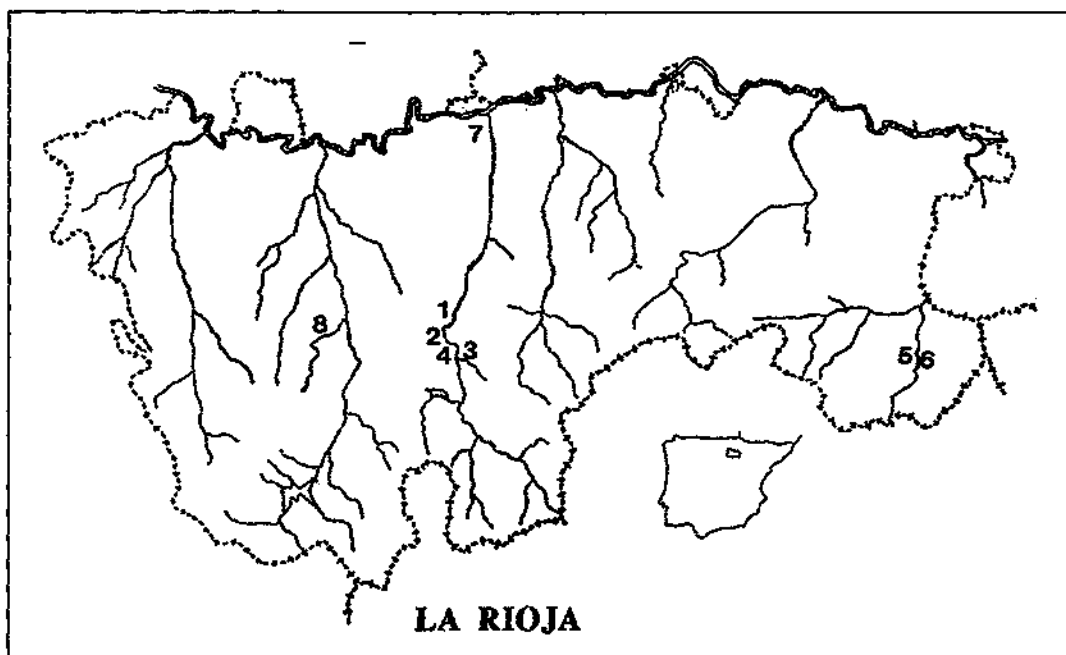


Figura 1. Situación de los yacimientos. 1: San Bartolomé. 2: Cueva Lóbreaga. 3: Tragaluz. 4: Peña Miel. 5: El Recuenco. 6: Los Lagos. 7: Prado Viejo. 8: Majada Londeras

CUEVA DE SAN BARTOLOMÉ

La cueva de San Bartolomé está situada en el término municipal de Nestares, cerca de la ermita del mismo nombre. La boca, orientada al SE, se abre en un cortado de calizas grises, a unos 1.300 m de altura sobre el nivel del mar, en el extremo NW de la denominada plataforma de Gamellones, en la Sierra de Cameros (PELLICER, 1985).

La planimetría refleja un trazado sinuoso y complicado, con zonas de acceso difícil y grandes desniveles. El vestíbulo, de trazado oval de unos 7 por 5 m, está cubierto por losas desprendidas del techo y colmatado en parte por arcilla y materiales procedentes del exterior. Está unido a una pequeña cámara que se prolonga con un pasillo que toma dirección N y desemboca en una sala donde se encontraron restos de inhumaciones. Desde aquí, el recorrido se estrecha y sólo es practicable por reptación. Un pasillo angosto, con divertículos y bloques caídos, conduce a una sima a través del denominado "destornillador", que desciende hasta un río subterráneo.

Las primeras referencias bibliográficas se remontan a 1915, año en que Ismael del Pan publicó los resultados de sus prospecciones. El diagnóstico hacía referencia a la existencia de restos de enterramientos y fragmentos cerámicos susceptibles de ser datados en época de Hallstatt (DEL PAN, 1915, 272).

El mismo año P. Bosch Gimpera recoge la noticia de los hallazgos y junto a los ya conocidos procedentes de otras cuevas de la Sierra de Cámeros realiza una breve síntesis en la que insiste en la cronología Hallstática de los materiales, similares a los aparecidos en Cueva Lóbrega, rechazando alternativas más antiguas propuestas por investigadores como J. Garín y Modet (BOSCH GIMPERA, 1915, 9-15).

En nuestra investigación, partimos de la primera recogida de datos en 1980 y una planimetría provisional de 1981, en la que se dibujaron los materiales superficiales que incluimos en nuestra Tesis de Licenciatura sobre el Poblamiento Prerromano del Valle del Iregua (Rodanés 1982), publicándose posteriormente una serie de hallazgos aislados (RODANÉS, 1983). El carácter sepulcral de una cámara interior era incuestionable ya que los restos de inhumaciones aparecían dispersos por la totalidad de la superficie. Su conservación era francamente precaria, lo que unido a las malas condiciones del suelo dificultaba enormemente las tareas de excavación.

En la campaña de 1988/89 pudimos comprobar que gran parte habían desaparecido o cambiado de posición. La mayor concentración coincidía con los laterales de la sala, lejos de los lugares de paso. Se documentaron escasos vestigios de hogueras sin que existan argumentos para ponerlos en relación con la actividad funeraria ya que no alcanzaron a los restos antropológicos. Los esqueletos aparecían sin la más mínima conexión anatómica y sumamente fragmentados, en algunos casos cubiertos por una fina capa estalagmítica, en otros se encontraban bajo bloques de piedra desprendidos del techo. En ningún lugar de la sala existía estratigrafía. En un sector interior, bajo una gran

losa, se localizó el único enterramiento, incompleto, correspondiente a un individuo adulto, del que se tomaron las muestras para la datación que ofreció la siguiente fecha :

GrN-16315 2970 ± 50 BP 1020 BC

El análisis definitivo permitió identificar un mínimo de 10-12 individuos entre los inventariados en la campaña de excavaciones y los señalados en las prospecciones anteriores.

El posible ajuar, esencialmente cerámico, coincidía en su distribución con los restos óseos. Los fragmentos dibujables, similares a los descubiertos por I. del Pan, se limitan a fondos planos, correspondientes a vasijas de grandes dimensiones y acabado tosco, y bordes de labios planos o redondeados, procedentes de vasos de superficies espatuladas y color negro brillante. Todos ellos son perfectamente comparables con los aparecidos en el sondeo de la entrada de la cueva, concretamente con el nivel superior que, como veremos, ha ofrecido fechas coincidentes con la antes mencionada. Destaca por su singularidad una fina pared con decoración de líneas incisas paralelas, que en un primer estudio relacionamos con los motivos campaniformes y que tras la excavación no dudamos en compararlo con los aportados por el citado nivel de la primera cámara.

En el sondeo de la entrada se excavaron seis metros cuadrados que ofrecieron una estratigrafía de más de dos metros de potencia, con abundante material arqueológico. La secuencia fue confirmada y completada durante 1994, extendiéndose a un total de 15 m², a pesar de que algunos cuadros no pudieron ser completados debido a la presencia de grandes bloques, en unos casos procedentes de derrumbes del techo y en otros de desplazamientos laterales o de escalones propios del cierre de la boca (figura 2.1).

Estratigrafía general (figura 2.2):

Superficial: De 10 a 20 cms. de potencia según los cuadros. Existe una mayor densidad de sedimento en los sectores cercanos a la boca, decreciendo hacia el interior. Composición a base de arcilla suelta de grano grueso y núcleos compactos. Color Munsell SCCh entre 5YR, V.4.3.2.5 y Ch,1.2. Porcentaje alto de piedras de tamaño mediano/pequeño entre 5 y 10 cms, procedentes del desprendimiento del techo. Grandes bloques en 1B', 1B, 3B', 3B y 3C, de menores dimensiones en 1B y 1C. Presenta la parte inicial pulverulenta con restos de materia orgánica reciente. Límite con el I difuso en cuanto al color pero no en cuanto a la textura. Sin materiales arqueológicos. Únicamente aparecen objetos recientes.

I. De potencia muy variable entre 40 cms en la banda B a 120 cms. en la opuesta B'. Existe un fuerte buzamiento en dirección N/S, es decir, con una clara tendencia hacia una mayor profundidad en las bandas A' y B'. Su composición es de arcilla y piedra de tamaño mediano y pequeño, con la misma granulometría que en el precedente. Existen igualmente grandes bloques procedentes del derrumbe del techo, como los aparecidos en 1A, 2A/A' y 3A, o los de 1B y 2B. Su textura es grasa. Compacto. Color 10 YR, V.4.3.2, Ch 2. La unión con II es sinuosa. Aparece material arqueológico, con mayor intensidad según vamos profundizando hasta alcanzar los límites con el II.

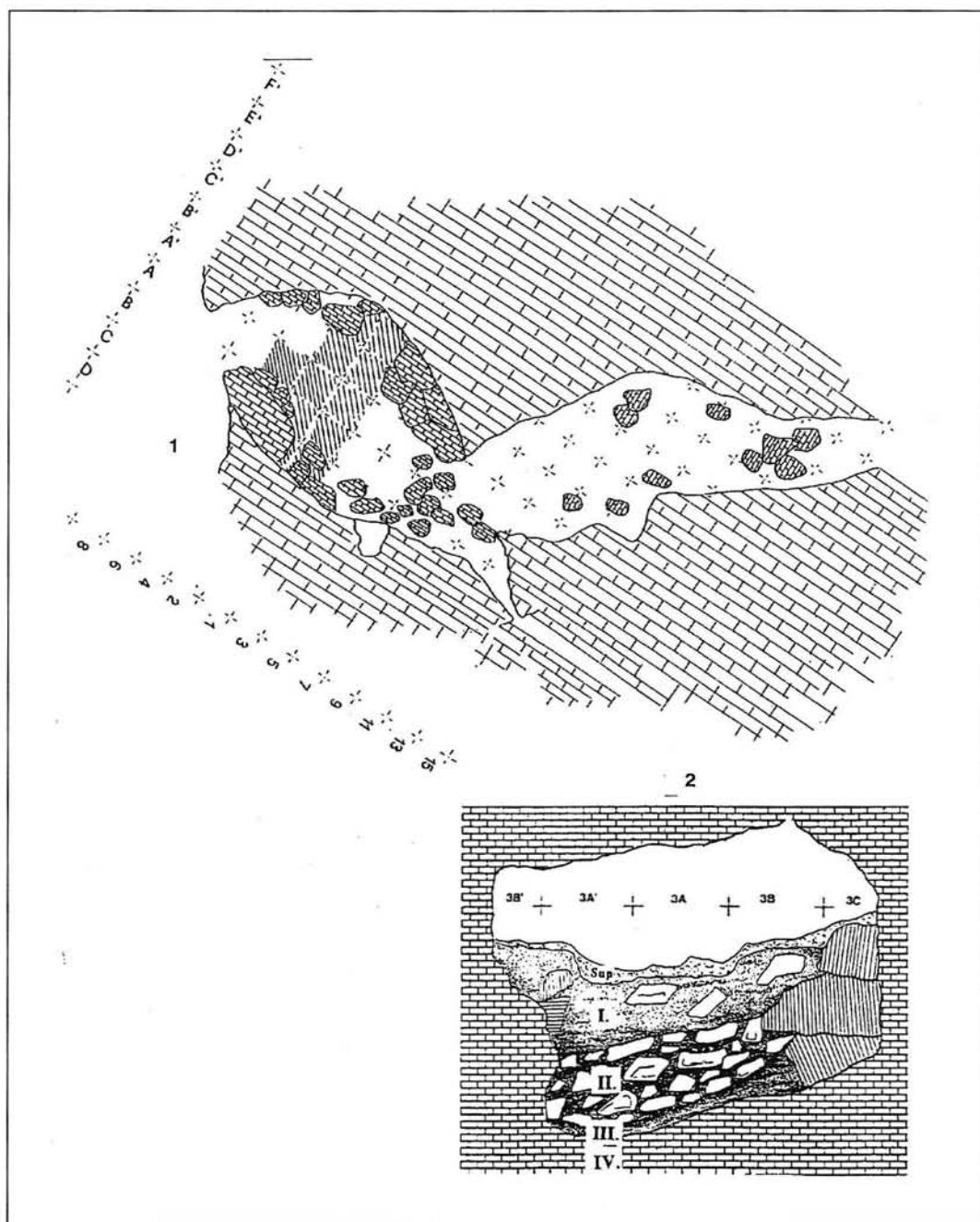


Figura 2. San Bartolomé. 1: Cámara de entrada. 2: Estratigrafía

II. De potencia variable entre 40 y 80 cms. Con la misma inclinación y buzamiento que el anterior. Está formado por grandes piedras o bloques posiblemente caídos del techo que se extienden por todo el relleno. Entre las piedras aparecen numerosos restos de carbones, materia orgánica y material arqueológico. Color M.10YR, V.2.Ch.1.2. Contacto con el nivel III perfectamente delimitado. Abundante material arqueológico.

III. De unos 20 cms. de potencia. Arcillo-limoso, procedente de la descomposición de la roca de base. Se aprecia el efecto de posibles encharcamientos, lo que ha propiciado la disolución de la parte superior de la roca, fenómeno muy similar al observado en las cámaras interiores que aparecen inundadas gran parte del año y que muestran una textura y coloración idéntica. Color variable ya que en la parte superior, en contacto con II, se mezcla con los carbones y se oscurecen las tonalidades. M.7.5.YR.V.4.3.Ch.4, en otras zonas 75YR, V.87.Ch.2. o V4.Ch.4. Escaso material procedente del contacto con II.

IV. Roca de base.

El estrato **II** ha ofrecido el mayor porcentaje de restos. Prescindiendo de los elementos de fauna, excepto una punta foliácea en sílex blanco y un punzón de metal la totalidad del conjunto corresponde a fragmentos de cerámica, superando el 80% del total de la muestra entregada por el yacimiento. En un avance preliminar podríamos destacar los siguientes aspectos:

Se han podido reconstruir varias formas que permiten apreciar una nutrida tipología que comentaremos brevemente en espera de la memoria definitiva. Los recipientes mejor representados son los de contornos simples, habitualmente denominados cuencos. Los hay de diferentes tamaños y su perfil oscila entre los marcadamente troncocónicos de paredes rectas y los de tendencia hemiesférica con el borde vuelto hacia el interior, lo que permitirá definir varios tipos y subtipos. El acabado de los bordes coincide con labios mayoritariamente redondeados o ligeramente apuntados, siendo menos frecuentes los planos que se incorporan a vasos troncocónicos de paredes rectas. El fondo es la parte menos conservada. Por la tendencia de las paredes se desprende que el más habitual es redondeado con pocos ejemplares planos, coincidiendo nuevamente con los troncocónicos. Las superficies y el acabado mayoritario es el simple alisado con algunas muestras de espatulado o bruñido. En ningún caso presentan decoraciones en la pared, únicamente, en el borde, algunos portan motivos a base de impresiones, generalmente digitaciones. Igualmente existen piezas con pezones o mamelones laterales (figura 3). Como una interesante variante se pueden considerar los vasos de gran diámetro en la boca, decoración impresa en el borde y doble pezón paralelo que reflejan afinidades con los subtipos de paredes rectas (figura 4).

La forma es una de las más frecuentes a partir del Neolítico, siendo especialmente numerosas a lo largo de toda la Edad del Bronce. Todas las variantes encontradas en este nivel aparecen, por ejemplo, en Los Tolmos de Caracena pudiéndose aplicar prácticamente en su totalidad la tipología, interpretación, paralelos y comentarios vertidos sobre ejemplares del yacimiento soriano (Jimeno 1984). Del mismo modo se podrían realizar comparaciones ajustadas con yacimientos o conjuntos del Valle del Ebro como El Moro

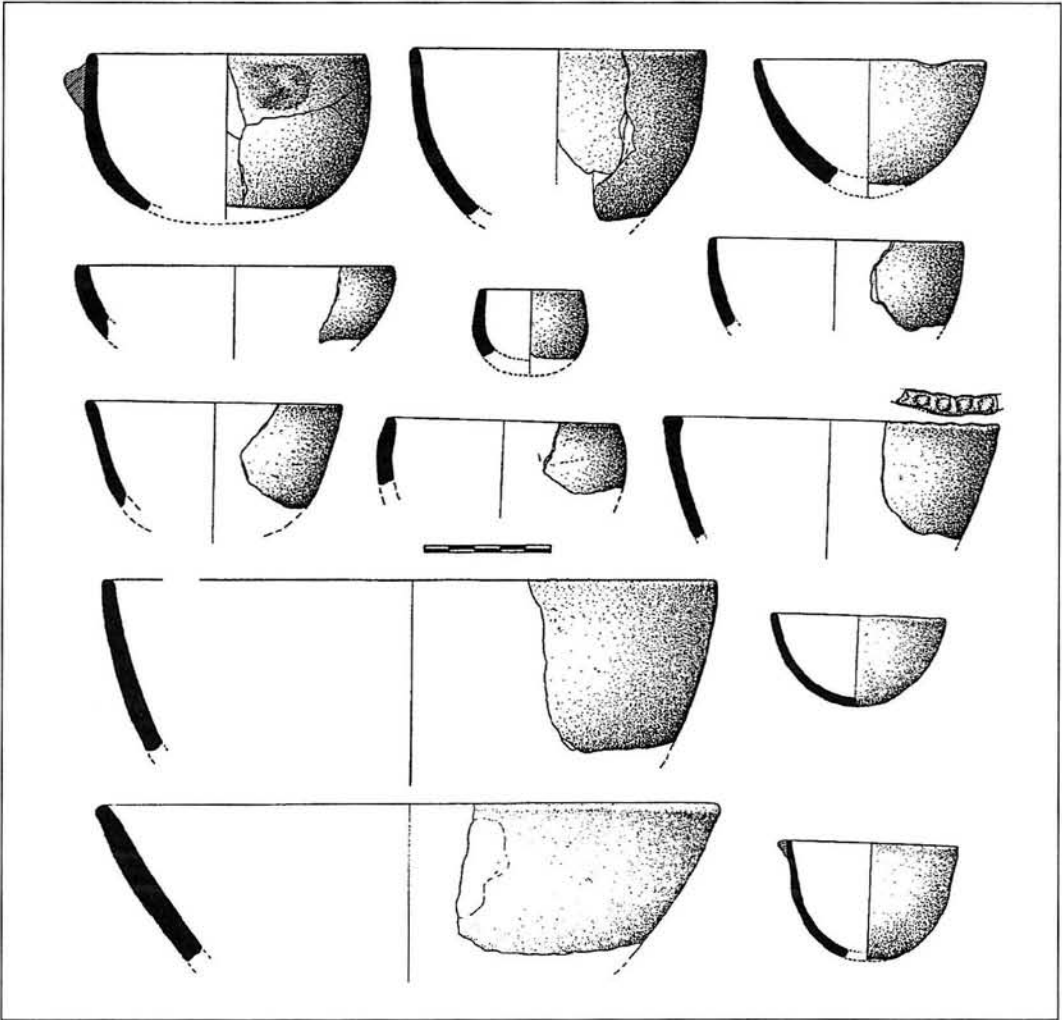


Figura 3. San Bartolomé. Nivel II

de Olvena en Huesca, Serranías Turolenses o Bardenas Reales (Rodanés y Ramón 1996, Picazo 1993; Sesma y García 1994). También en La Rioja es habitual con un fuerte porcentaje de aparición en Cueva Lóbreaga y en menor proporción en Peña Miel, en dólmenes como Peña Guerra I y II o Collado Palomero, en poblados como El Recuenco o en cuevas funerarias como Los Lagos (PÉREZ ARRONDO *et alii* , 1987; HERNÁNDEZ, 1975; CASADO y HERNÁNDEZ, 1979).

Los perfiles en S o contornos sinuosos configura n una segunda categoría. Se pueden establecer variantes atendiendo a la curva más o menos pronunciada de las paredes,

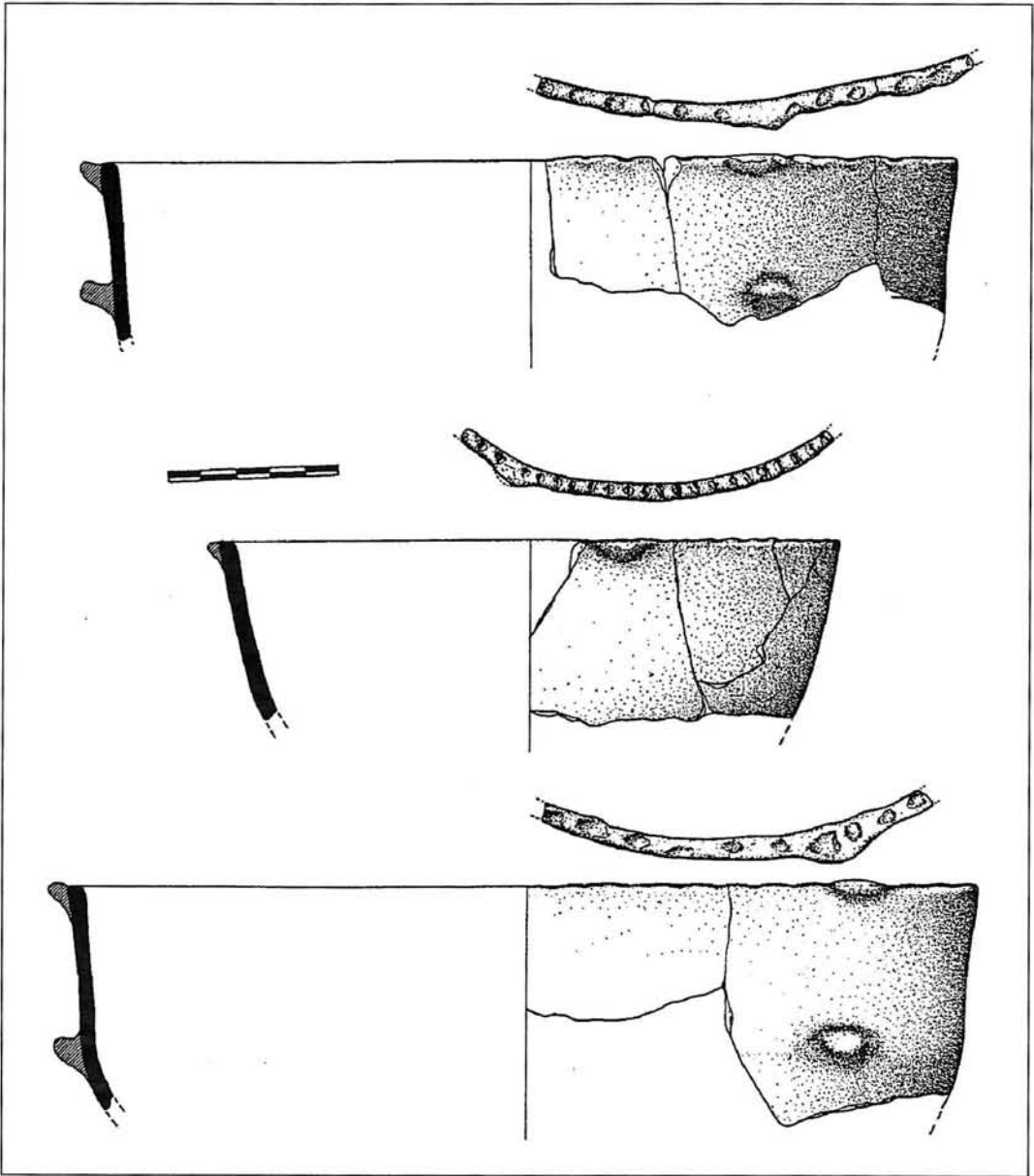


Figura 4. San Bartolomé. Nivel II

que puede desembocar en un cuello ligeramente marcado, o a la tendencia globular. Se instalan a medio camino entre los cuencos y los recipientes carenados. Aparecen en Los Tolmos de Caracena (JIMENO, 1984) o en las Bardenas (olla de perfil en S en el Bronce Antiguo; pequeño vaso de perfil en S en el Bronce Medio) (SESMA y GARCÍA, 1994, 125-

126). También son frecuentes en cuevas próximas como Los Husos o Lóbrega (APELLÁNIZ, 1974; CORCHÓN, 1972) (figura 5).

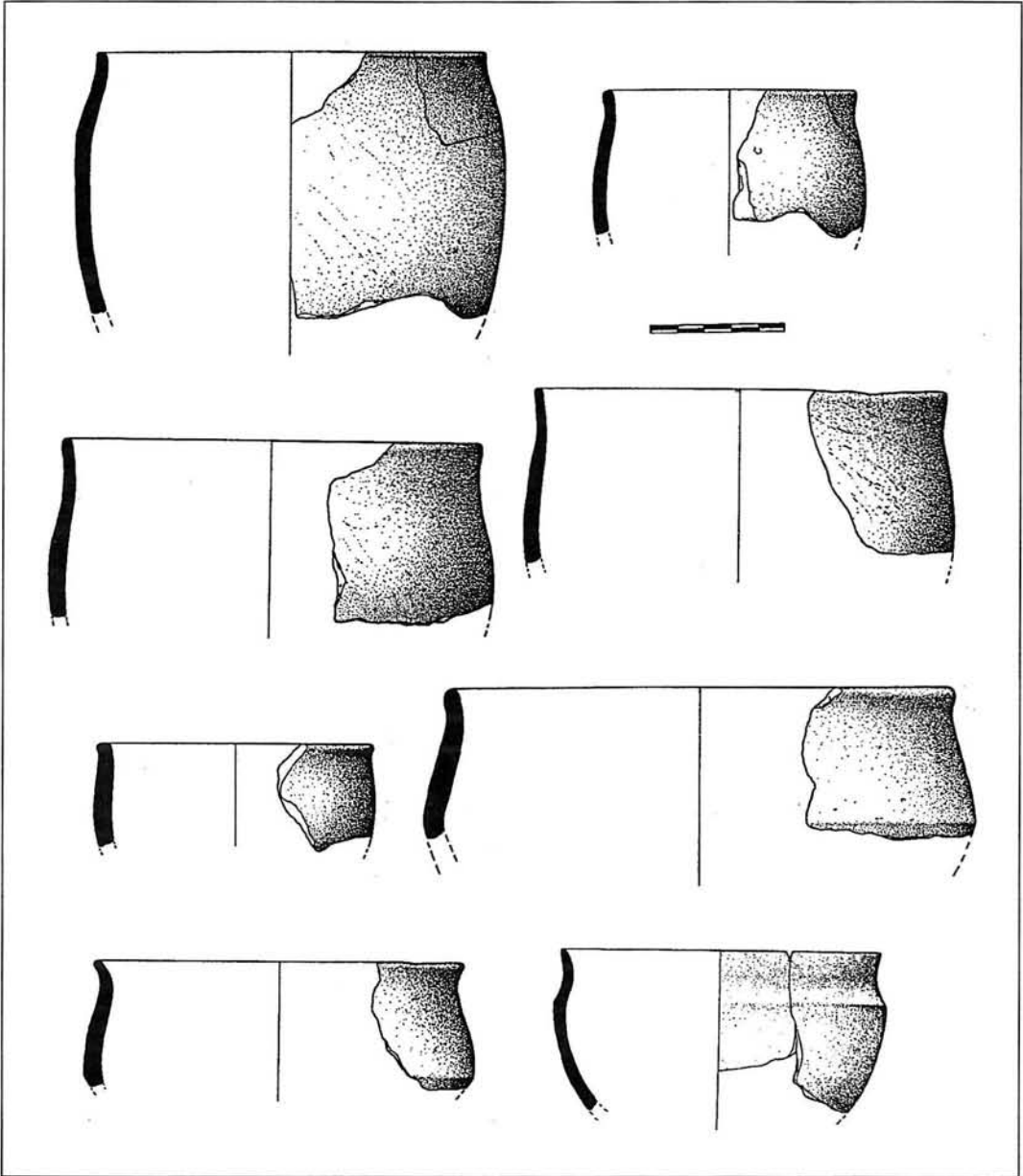


Figura 5. San Bartolomé. Nivel II

El tercer grupo incluye los diseños carenados, susceptibles igualmente de subdividirse en diferentes tipos. Tradicionalmente se ha hecho coincidir con la Edad del Bronce y hay que reconocer que es en este período cuando alcanza su mayor representatividad. Corresponde a la forma IV de la cueva del Moro de Olvena, a la 4, tipos IV y V de la clasificación de Jesus Picazo, a la forma C, tipos c2, c11 y c15 de los Tolmos de Caracena o tipos 13 a 16 de la tipología de Sesma y García para el Bronce Medio (RODANÉS y RAMÓN, 1996; PICAZO, 1993; JIMENO, 1984; SESMA y GARCÍA, 1994) (figura 6).

Los últimos perfiles que vamos a tratar no se han podido reconstruir en su totalidad. Incluyen vasos de grandes dimensiones y factura tosca, cuya función supuesta es el almacenaje. Conservamos fragmentos de panza y borde junto a fondos planos que nos indican volúmenes ovoides. Al igual que las formas anteriores su presencia masiva a lo largo de La Edad del Bronce está documentada, así como su origen a partir del Neolítico. En todas las clasificaciones y yacimientos antes citados existe un nutrido repertorio (figura 7).

Respecto a la decoración que suele ser un elemento frecuentemente utilizado a la hora de definir facies o grupos culturales, la ausencia de motivos en la mayor parte del conjunto es notoria. Existen impresiones de diferentes tipos, mayormente unguilaciones y digitaciones, dispuestas en el labio de los vasos, junto a cordones de diferentes tipos y secciones, aplicaciones plásticas y acabados con rugosidades en el cuerpo de las vasijas más groseras. Igualmente son comunes los pezones, mamelones y asas de diferentes formas y secciones. Destaca un pequeño fragmento con múltiples perforaciones correspondiente a la pared del tipo denominado quesera o colador (figura 7).

La datación absoluta realizada por C14 sobre una muestra de madera quemada ofreció la siguiente fecha:

GrN-21008 ... S.B. 94-3A 3475 ± 35 BP 1525 ± 35 BC

El nivel I presenta una interesante colección cerámica. Siguen estando presentes las vasijas de almacenaje, los cuencos y los recipientes carenados, aunque se advierte una clara evolución en sus perfiles. Como elementos más significativos destacaremos las diferentes decoraciones que, aunque no numerosas, son sumamente significativas. Junto a superficies rugosas, aplicaciones plásticas, cordones, y diversas impresiones a base de digitaciones o unguilaciones, resaltaremos los motivos incisos formando composiciones triangulares rellenas de líneas paralelas, estampilados circulares y excisiones dibujando triángulos. Todo ello nos confirma un contexto distinto al observado anteriormente (figuras 8 y 9).

Dos son las fechas de C14 obtenidas mediante una muestra de carbones dispersos y recogidos en tallas de 10 cms en el sector 3 del cuadro 3A:

GrN-21007 SB. 94-3A 2950 ± 40 BP 1000 BC

GrN-21006 SB. 94-3A 2970 ± 25 BP 1020 BC

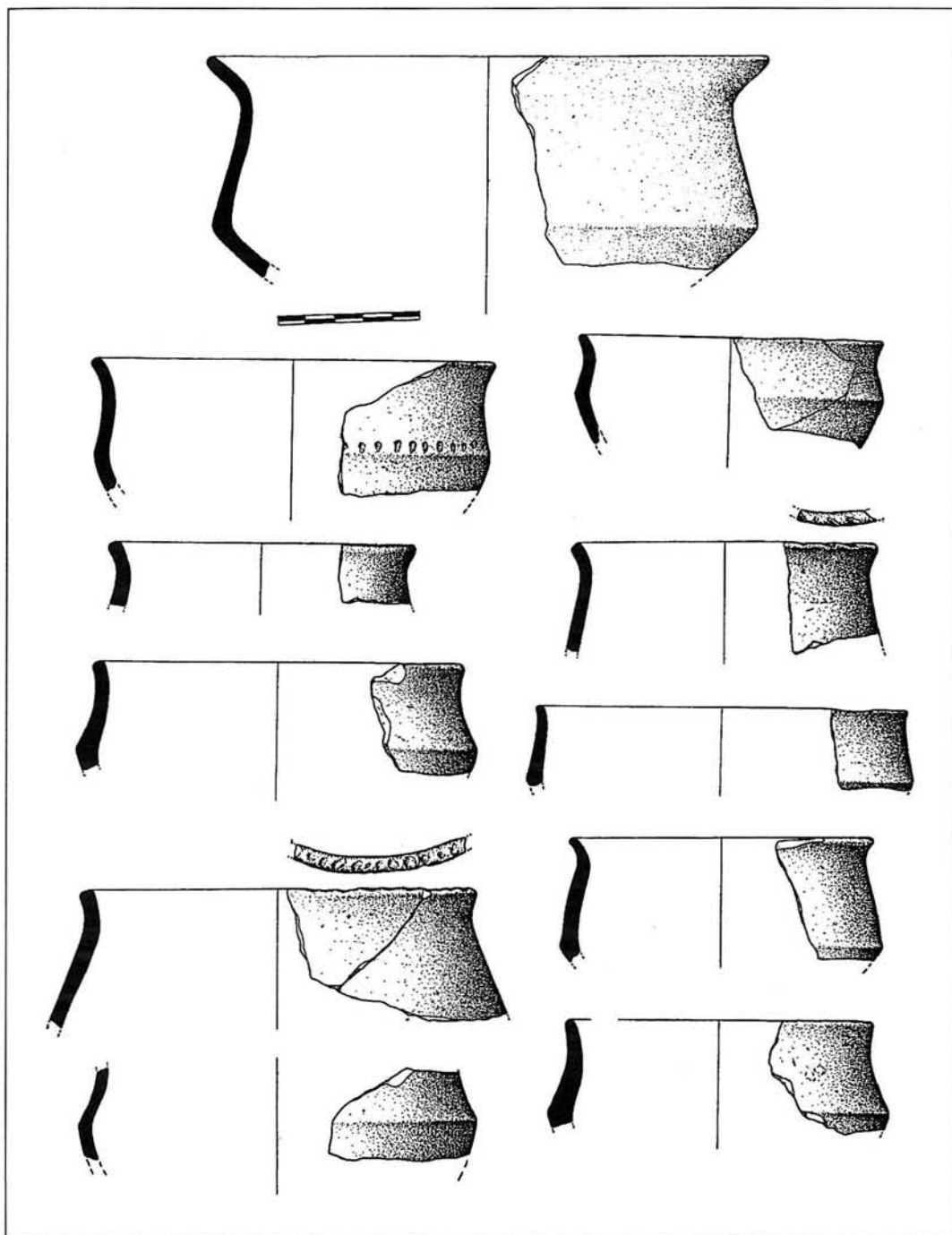


Figura 6. San Bartolomé. Nivel II

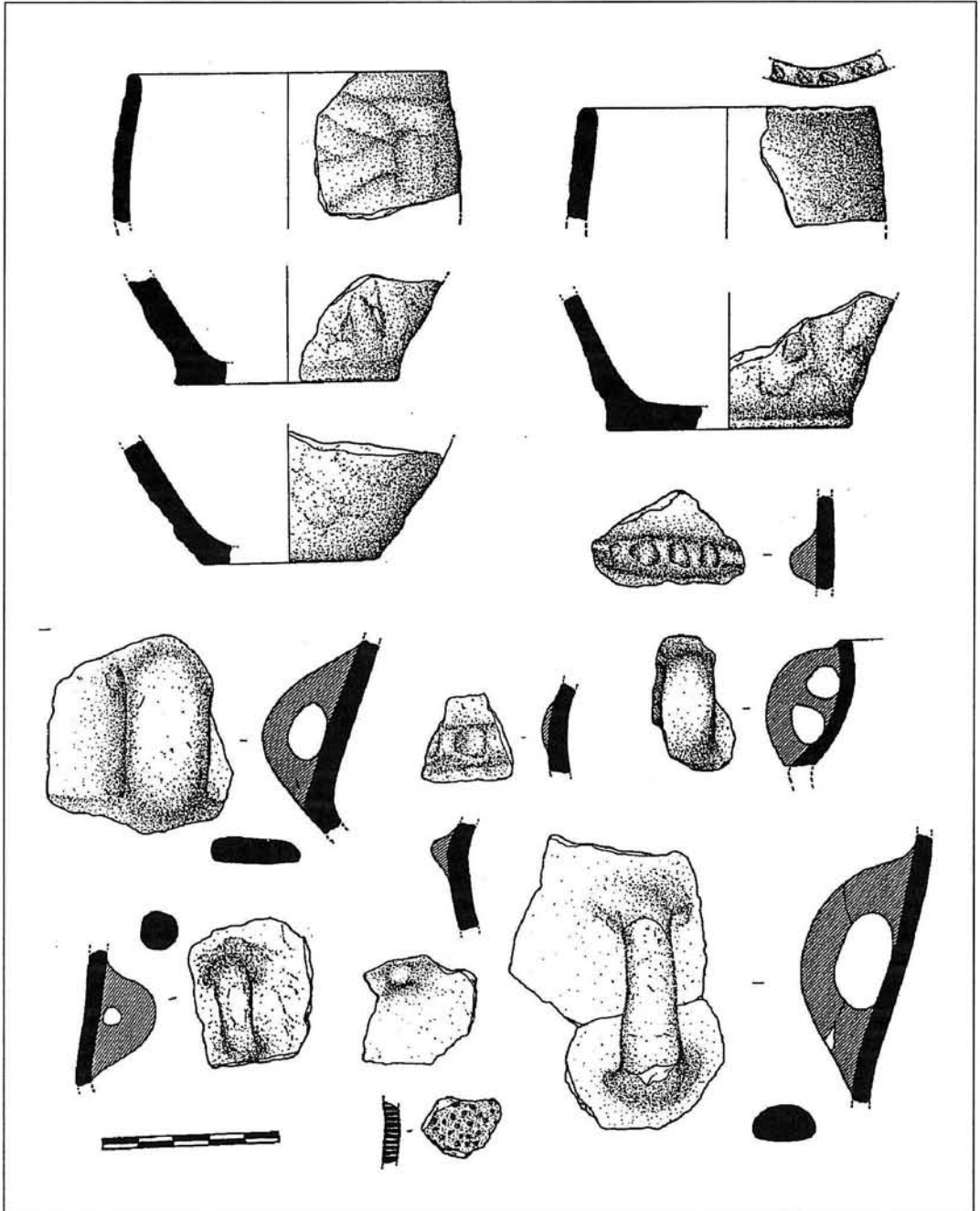


Figura 7. San Bartolomé. Nivel II

La cifras y los materiales nos permiten realizar una serie de precisiones (RODANÉS *et alii*, 1994):

- En primer lugar hay que destacar la coincidencia cronológica con los enterramientos de la cámara interior lo que permite establecer una relación entre ambos lugares. Quizás el carácter esporádico de la ocupación, deducible por la disminución y distribución del material arqueológico y la ausencia de estructuras, pueda confirmarla.
- Existe la posibilidad de que las fechas pudieran corresponder al momento final del nivel anterior o inicios de este más que a su plenitud, ya que la muestra se tomó en el límite de ambos y en la parte inferior del último.
- La presencia de varios estilos decorativos es el elemento más significativo de la cerámica. Dejando de lado las aplicaciones plásticas y rugosidades ya comentadas en el nivel anterior, llaman la atención los estampillados o impresiones circulares, realizadas posiblemente con un instrumento tubular. Aparecen durante el Bronce Medio, destacando por su proximidad los encontrados en los Tolmos de Caracena, en cuya memoria se recogen abundantes paralelos de diferentes yacimientos con cronologías dispares, en los que se aprecia su larga tradición así como su perduración hasta la Edad del Hierro (JIMENO, 1984, 119).
- La aparición de motivos excisos es igualmente importante. Atendiendo a la cronología del inicio del nivel se podría relacionar con los prototipos meseteños para los que se cuenta con fechas antiguas (JIMENO, 1984, 128). Tampoco podemos perder de vista la aparición en yacimientos muy cercanos como Cueva Lóbrega (CORCHÓN, 1972), Collado Palomero (PÉREZ ARRONDO *et alii*, 1987) o Los Lagos (CASADO y HERNÁNDEZ, 1979). Lo mismo podríamos decir de las decoraciones incisas configurando diseños geométricos, especialmente triángulos, y líneas paralelas. La técnica es tan antigua como la propia alfarería aunque el diseño y el hecho de aparecer asociados a las técnicas anteriores manifiesta su idéntica cronología. Tampoco se puede descartar tajantemente, dadas las características del estrato, que estas decoraciones puedan ser posteriores y se introduzcan en momentos más avanzados del nivel y que por lo tanto tengan una cronología ligeramente posterior, más acorde con la propuesta para otros yacimientos como La Coronilla o incluso Partelapeña (ÁLVAREZ y PÉREZ ARRONDO, 1987). No obstante las peculiaridades formales y decorativas nos inducen a considerar por el momento la mayor antigüedad de estas muestras, su anterioridad al apogeo de estas decoraciones en el Valle del Ebro y su relación con variantes interiores más antiguas.

En resumen, la cueva de San Bartolomé responde a las características de lo que se ha definido como un yacimiento mixto, es decir, de hábitat y enterramiento, cuyas funciones se produjeron en lugares distintos. Existe una coincidencia entre algunos materia-

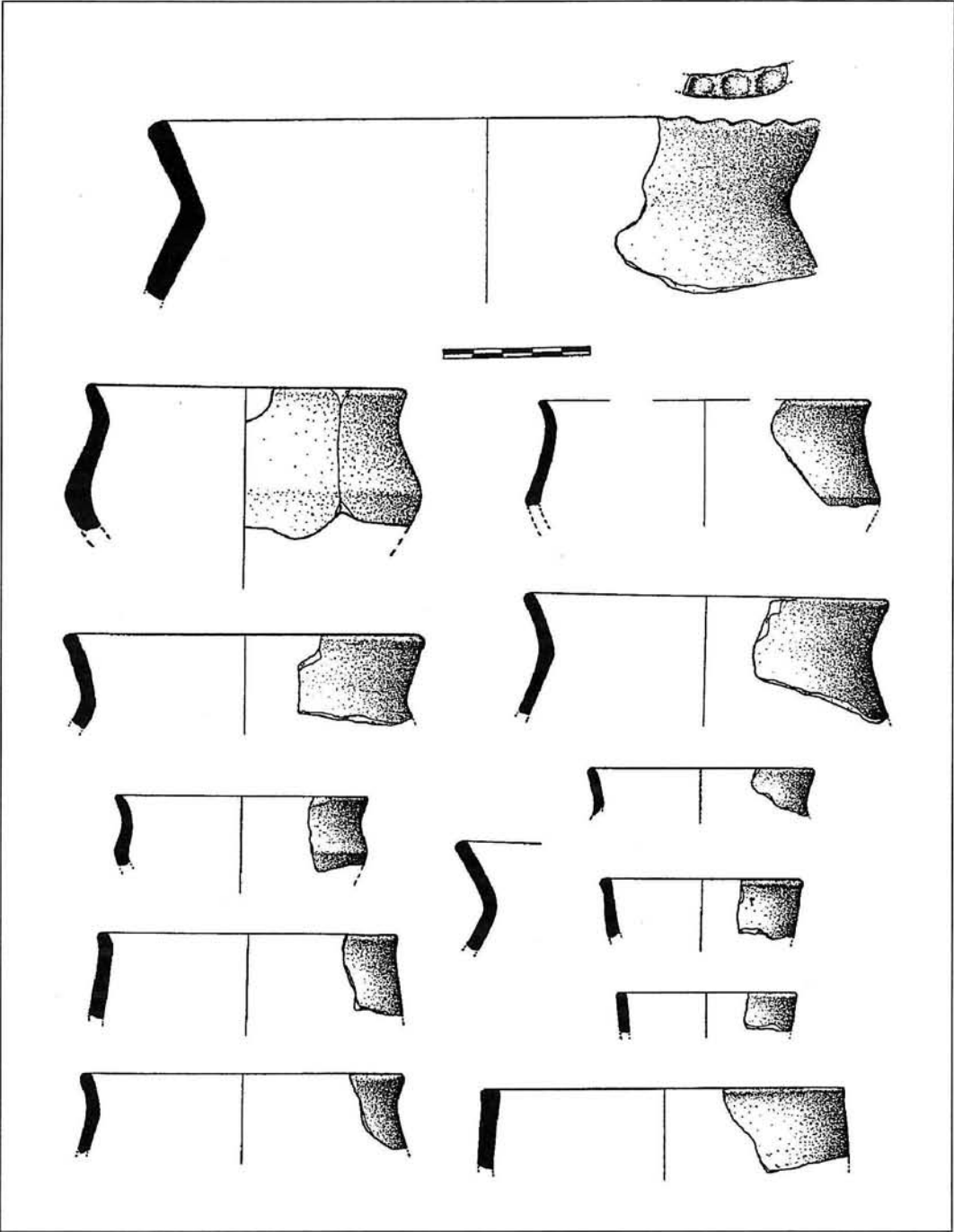


Figura 8. San Bartolomé. Nivel I

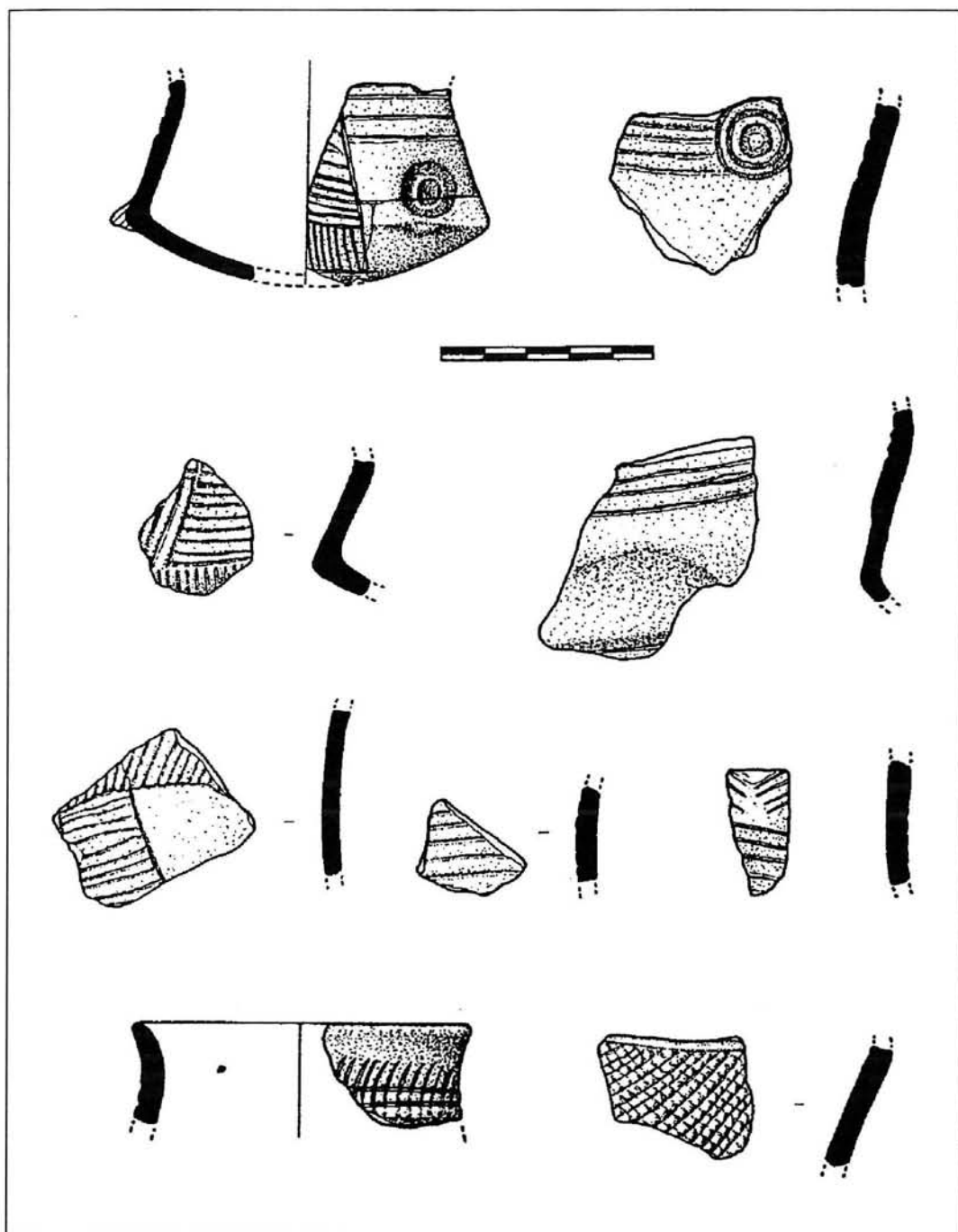


Figura 9. San Bartolomé. Nivel I

les y las dataciones de las dos cámaras lo que permite entablar una relación entre ambas funciones, al menos en los momentos finales que son los coincidentes. La estratigrafía muestra una evolución desde final del Bronce Antiguo e inicios del Bronce Medio hasta sus momentos últimos que algunos autores denominan Bronce Reciente o Tardío, en la transición al Bronce Final.

CUEVA DEL TRAGALUZ

Se encuentra en terrenos pertenecientes al ayuntamiento de Pinillos. La cueva se abre en un escarpe de calizas grises cristalinas conocido como Peñas Malas, enclavado en la orilla derecha del río Iregua. La boca, de algo más de un metro de altura y unos 40 cms. de anchura, apenas visible desde la otra orilla, se eleva unos 50 metros sobre el curso de agua.

La topografía muestra dos salas intercomunicadas por corredores transversales. La Sala principal está obstruida en un extremo por una colada de bloques fijados por un manto estalagmítico que posiblemente oculten la entrada originaria. El suelo está formado por una capa pulverulenta, probablemente anillos de descalcificación, que envuelve los restos arqueológicos y que, ocasionalmente, aparece cubierta por placas estalagmíticas que fosilizan el depósito. Estas forman un manto continuo en la parte del fondo de la cueva, que es más bajo, dejando una huella evidente en la pared. Todo el conjunto se apoya en una costra compacta estalagmítica y en la roca de base.

El descubrimiento y las sucesivas actuaciones se llevaron a cabo durante 1988 (RODANÉS, 1989; SAIZ QUEVEDO *et alii*, 1990). Una vez realizada la planimetría y el correspondiente estudio geomorfológico se procedió al levantamiento del material y al cribado del interior de una fina estrato pulverulento de color grisáceo. Para finalizar se efectuó un sondeo en la zona SW de la sala principal, en los cuadros 1B', C' y 3B' con resultados negativos.

Los restos aparecían depositados en superficie. La conservación era buena. Únicamente conviene destacar que en las bandas A'/B' la costra calcárea era más potente y apenas existía sedimento, mientras que en A y B la excavación permitió apreciar una breve estratigrafía, cuyo único nivel fértil estaba formado por restos antropológicos y ajuars. La distribución era totalmente anárquica sin que se pudieran documentar enterramientos individualizados, encontrándose los inhumados sin conexión anatómica aparente. Se apreciaron fracturas post-mortem con pérdidas de sustancia que afectan a la totalidad de la pieza anatómica (MARTÍNEZ FLÓREZ, 1990) (figura 10).

El estudio ha determinado la existencia de 11-12 individuos adultos y dos infantiles. Entre los primeros se pueden distinguir al menos cuatro de sexo masculino y uno femenino. Mientras que entre los infantiles uno sería recién nacido. La muestra analizada, coincidente con la de San Bartolomé, parece corresponder a un tipo Mediterráneo grácil, de cráneos predominantemente dolicomorfos y tallas que en el grupo masculino pueden encontrarse entre los ciento sesenta y dos y los ciento sesenta y ocho centímetros, si bien la serie presenta valores máximos de ciento setenta y cuatro centímetros y valores mínimos próximos a los ciento cincuenta y dos (MARTÍNEZ FLÓREZ, 1990 y 1996).

Exceptuando una pieza de hoz en sílex gris que presenta un fino denticulado con pátina brillante de uso, el conjunto está formado exclusivamente por fragmentos cerámicos. Un porcentaje muy elevado se concentraba en el lugar donde estaban depositados los inhumados, aunque parece evidente que ha existido un mayor desplazamiento, por causas que desconocemos. Independientemente de su situación el hecho es que la mayoría pertenece a las mismas vasijas y que por lo tanto se pueden interrelacionar e incluirse en un mismo contexto, suponiendo una misma función.

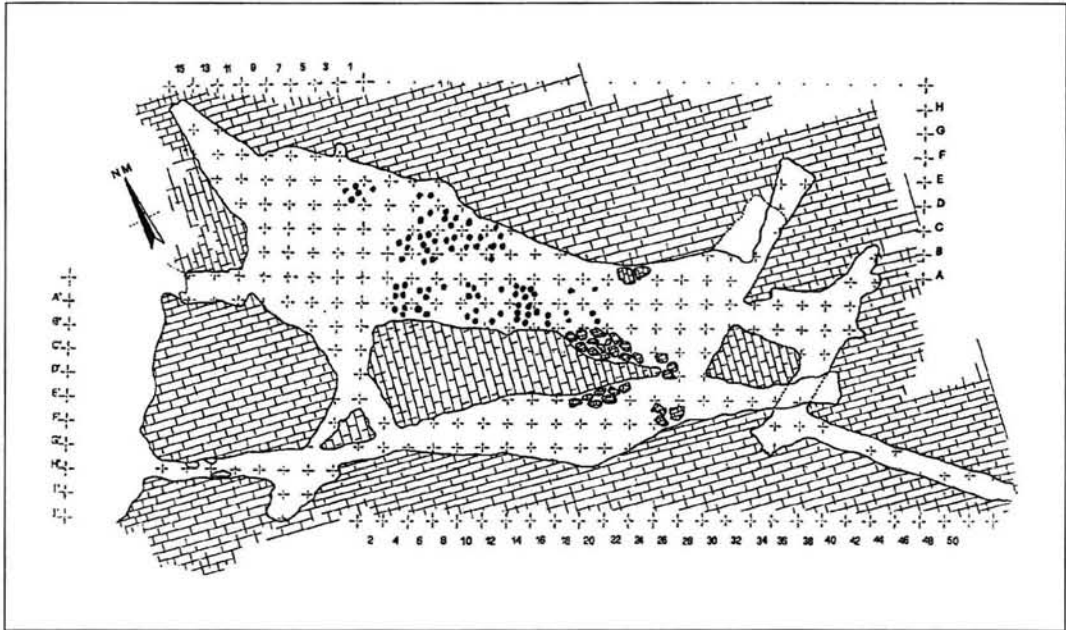


Figura 10. Tragaluz. Dispersión de los restos antropológicos

El estudio se ha realizado sobre 11 perfiles reconstruibles y una serie de fragmentos que en su mayoría pudieran pertenecer a las formas anteriores, junto a otros que permiten suponer la existencia de otros tipos diferentes pero imposibles de reconstruir (RODANÉS, 1996). El conjunto es significativo y homogéneo en cuanto a la tecnología de fabricación, acabado de superficies y formas.

El perfil más numeroso corresponde a la forma simple abierta o cuenco, tipos 1, 2 y 3. Se pueden distinguir tres variedades según la orientación de las paredes: cerrados o globulares, hemiesféricos abiertos, y de paredes rectas o troncocónicas. El tratamiento de las superficies y su acabado no ofrece diferencias destacables entre una u otra variante. Los fondos no se han conservado íntegramente, únicamente poseemos fragmentos que permiten suponer una configuración plana excepto en el tipo 1 que puede ser redondeado (RODANÉS, 1996) (figura 11).

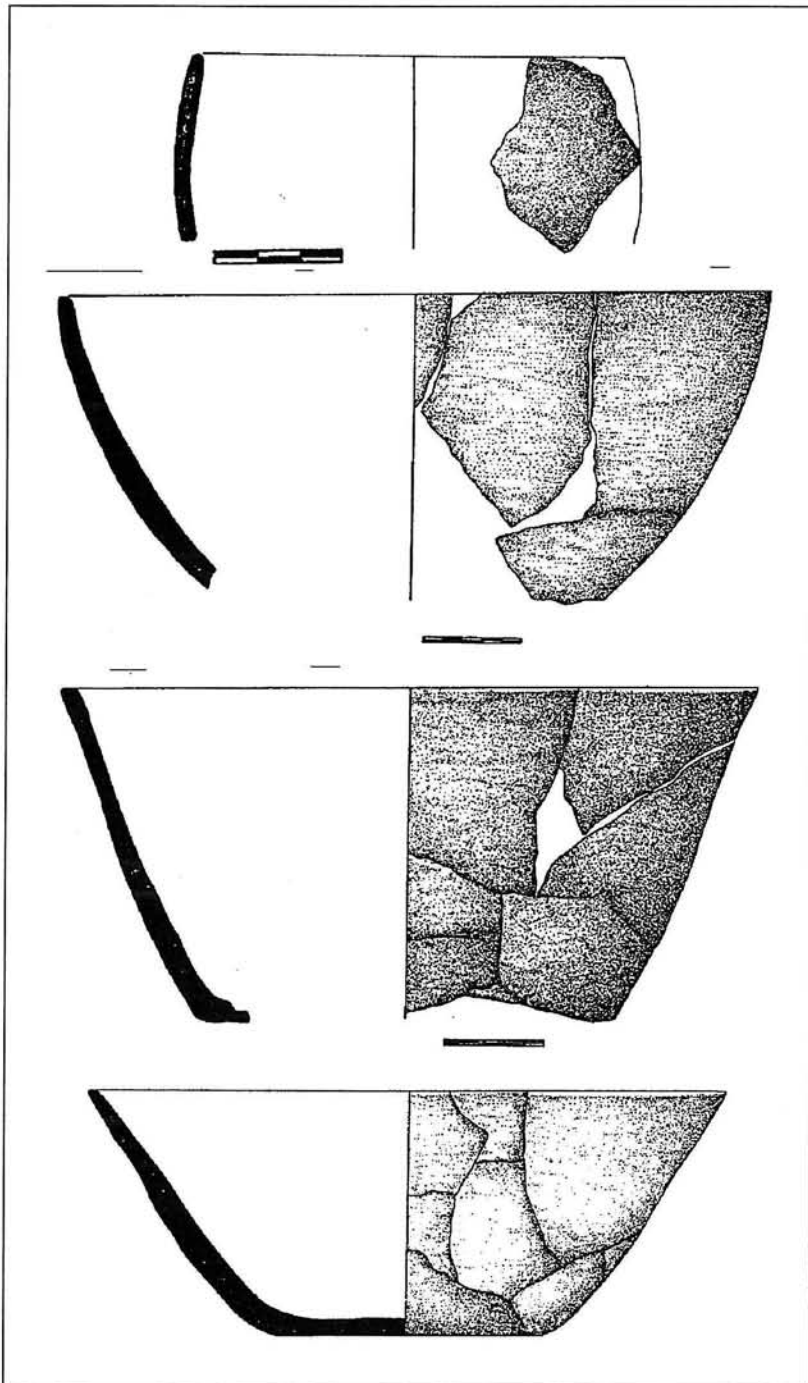


Figura 11. Tragaluz. Ajuar cerámico

Llama poderosamente la atención la gran variabilidad de los tamaños, dado que nos encontramos en un mismo ambiente y suponemos para todos los restos una datación muy similar.

Como ya hemos indicado al comentar las formas de la cercana cueva de San Bartolomé, son piezas de dilatada cronología. Aparecen en el Neolítico, prolongando su existencia durante toda la Edad del Bronce y I Edad del Hierro, siendo el perfil más numeroso en gran parte de los yacimientos peninsulares. La adscripción a uno u otro período viene determinada por la tecnología, acabado, tipo de pasta y cocción. A grandes rasgos se les podría atribuir una mayor antigüedad a los perfiles globulares, cerrados, y hemiesféricos, frente a los troncocónicos. Estos últimos, de grandes dimensiones, se les define en algunas tipologías como "Fuente honda" (recipiente grande, muy abierto, de paredes oblicuas abiertas y fondo plano) (SESMA y GARCÍA, 1994, tipo 6 del Bronce Medio/Medio Evolucionado) o bien como "escudillas" cuando tienen menor profundidad (CASTIELLA, 1977).

En el Valle del Ebro aparece con gran profusión en la mayor parte de los yacimientos excavados, encuadrados en la Edad del Bronce en especial durante el Medio y Reciente (RODANÉS y RAMÓN, 1996; SESMA y GARCÍA, 1994; PICAZO 1993). Es también habitual durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, configurando la forma 9 de A. Castiella (CASTIELLA, 1977, 252-258). En La Meseta su aparición es igualmente frecuente, siendo la forma porcentualmente más representada (JIMENO, 1984, JIMENO y MORENO, 1991)

Las formas carenadas son poco significativas. Poseemos dos piezas bien distintas. La primera responde a un recipiente plano y abierto con la carena media y el fondo curvo o posiblemente umbilicado. Se corresponde con el tipo 5 y aparece con profusión en yacimientos datados en el Bronce Medio, Bronce Reciente o Final. Existen piezas parecidas en Los Tolmos de Caracena, Cueva del Asno, Peña Miel Superior, Lóbraga, Pradoviejo, Moncín o Sima del Ruidor, siendo también frecuentes en otros ámbitos como el Bronce Tardío del Sur peninsular o el litoral valenciano (JIMENO, 1984; ÁLVAREZ y CENICEROS, 1992; BARRIOS y CENICEROS, 1992; HARRISON y MORENO, 1990; EIROA, 1979, PICAZO, 1993) (figura 12.1).

Respecto a la segunda, los paralelos morfológicos nos remiten a yacimientos con dataciones dilatadas en el tiempo, desde el Bronce Antiguo al Final e incluso Primera Edad del Hierro. Está presente en Las Bardenas Reales (Sesma y García 1994), en la provincia de Huesca (RODANÉS y RAMÓN, 1996) o Teruel (PICAZO, 1993), aunque con proporciones diversas. Podría considerarse como antecedente de la forma 1 de A. Castiella datada en el Bronce Final-Hierro I (CASTIELLA, 1977, 229-237) (figura 12.4).

La forma ovoide o tipo 6 con asa, en forma de jarra, no es muy frecuente. La encontramos en contextos del Bronce Medio o Reciente como los Tolmos de Caracena (forma e 3), Sima del Ruidor en Teruel o Bardenas (forma 17) (JIMENO, 1984; PICAZO, 1993; SESMA y GARCÍA, 1994, 157) (figura 12.3).

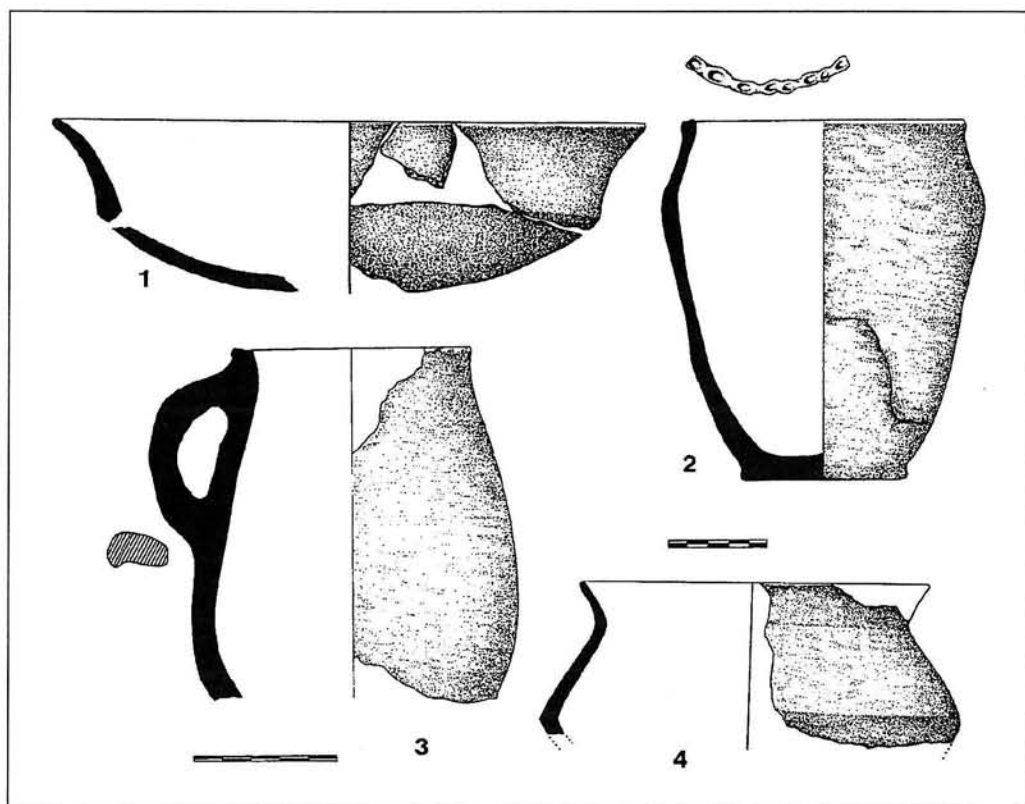


Figura 12. Tragaluz. Ajuar cerámico

El plato decorado es sumamente interesante ya que nos pone en contacto con motivos similares aparecidos en algunos yacimientos de la Meseta y Sistema Ibérico, en unos momentos propios de una fase pre-cogotas. El diseño ornamental a base de zig-zag o dientes de lobo, triángulos rellenos de líneas paralelas, formando una composición en frisos que descienden desde el borde al fondo por el exterior, recuerdan su inspiración campaniforme. Algunos ejemplos similares los encontramos en la cueva del Asno, Los Tolmos de Caracena, Cueva Lóbrega, Peña Miel Superior o Moncín (JIMENO, 1984; EIROA, 1979; CORCHÓN, 1972; HARRISON y MORENO, 1990) (figura 13).

El último grupo corresponde a las formas más toscas, con perfil oval del tipo 6, que presentan también una dilatada cronología, siendo características de la Edad del Bronce en general. El aspecto más significativo del recipiente de Tragaluz es la inflexión a la altura del cuello que la aleja de las más habituales en la Edad del Bronce del Valle del Ebro (figura 12.2).

Poseemos una datación absoluta para todo el conjunto:

GrN-16314 Tragaluz 3265 ± 35 BP 1315 BC

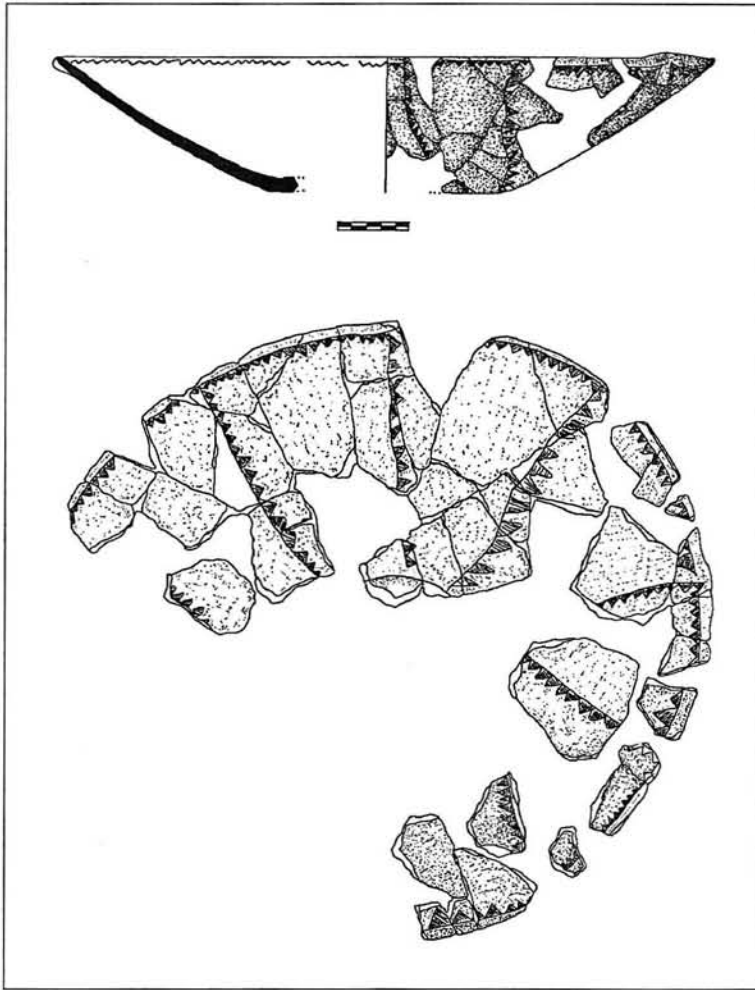


Figura 13. Tragaluz. Plato con decoración incisa

Conviene destacar el problema que supone la existencia de una sólo fecha, ya que ésta nos indica el momento de fallecimiento de uno de los individuos enterrados lo que no significa de manera taxativa que el resto de los ajuares e inhumados correspondan a esta misma etapa. No obstante, por la homogeneidad de los ajuares y el tipo de ritual podemos suponer, con escaso margen de error, que no debieron estar muy alejados en el tiempo.

A modo de resumen señalaremos algunos aspectos que se desprenden de los apartados comentados con anterioridad:

- La única utilización contrastada en el yacimiento responde claramente a una función sepulcral. No encontramos argumentos para contemplar la posibilidad de que en otro momento fuera empleada como lugar de hábitat. La orientación

y características de habitabilidad así lo hacen suponer, añadiendo el hecho de que la comprobación estratigráfica mediante un sondeo fue infructuosa.

- La presencia de restos de fauna, en algunos casos antigua, en otros reciente, no es suficiente, a nuestro juicio, para considerar una función distinta a la apuntada en el párrafo anterior. Algunos restos pueden ser debidos a aportaciones naturales, otros han podido servir como ofrendas o elementos propios de rituales documentados en varias cavidades del Valle del Ebro, mientras que otra parte, claramente discernible, procede de visitas muy recientes.
- Es posible que el acceso a la sala principal no coincidiese con el actual y que la boca de la gruta se situase frente a los enterramientos, donde existe una antigua entrada actualmente tapada por hundimientos.
- El ritual documentado es la inhumación, sin restos de incineraciones o cremaciones parciales. Es muy posible que las deposiciones de los cadáveres se realizaran en decúbito supino junto a las paredes laterales de la galería principal.
- No parece probable que el desplazamiento de los cadáveres fuera motivado por su sucesión en el tiempo y la carencia de espacio, ya que no existían problemas de este tipo y salvo que se tratase de un desmenbramiento ritual el hecho carece de sentido. Las perturbaciones postdeposicionales han sido importantes. La dispersión es posible que fuera debida en un primer momento a la presencia de animales que utilizaron como refugio la cueva. Igualmente las visitas relativamente recientes han podido incidir en su destrucción, de manera que en el momento de las prospecciones y posterior excavación el lugar ya estuviese en su mayor parte revuelto.
- Excepto una pieza en sílex la totalidad del ajuar es cerámico. El número de recipientes, una vez restaurados y analizados, nos acerca a una proporción, en términos absolutos, de dos vasijas por persona inhumada. La fauna, aunque no muy numerosa, pudo completar el ajuar o formar parte del ritual.
- El análisis morfo-tipométrico ha demostrado la homogeneidad de la muestra y su pertenencia a un mismo ambiente cultural, lo que nos llevaría a suponer que los enterramientos se realizaron en un tiempo relativamente corto, en los últimos compases del siglo XIV BC.

CUEVA LÓBREGA

Del conjunto de yacimientos que analizamos es sin duda el que más bibliografía ha producido desde su descubrimiento. Para su interpretación partiremos de la recopilación que realizamos en 1982, añadiéndole, lógicamente, las novedades aportadas recientemente tanto por la reinterpretación de los antiguos materiales como por los resultados publicados de las últimas campañas de excavación (JIMENO, 1985; CENICEROS y BARRIOS, 1985; CENICEROS y BARRIOS, 1991; RODANÉS, 1996).

Está situada en el término de Torrecilla de Cameros, en el valle medio del río. Debido a sus grandes dimensiones y a estar en una zona de paso ha sido citada por numerosos investigadores y aficionados. Las intervenciones fueron tempranas, posiblemente una de las primeras que se produjeron en España. Luis Lartet (1866) a mediados de los años sesenta del pasado siglo tomó contacto con el Dr. Zubía, entonces profesor del Instituto de Logroño, quien le facilitó información sobre posibles yacimientos arqueológicos, entre ellos el que analizamos.

La excavación se limitó a algunas zonas de la antecueva, encontrándose una potencia de estratos que en algunos lugares alcanzaba un metro setenta cm, distinguiendo cuatro niveles:

- I. Estrato de cenizas que se extiende por la mayor parte del yacimiento, alcanzando en algunas zonas un metro de potencia. Ofreció abundantes restos de fauna (cerdo o jabalí, perro, bóvidos y ovicaprinos), cerámicas (muy heterogéneas, de formas ovoideas con decoraciones plásticas a base de cordones o mamelones, junto a otras incisas, fragmentos de coladores). No recogió industria lítica y únicamente dos objetos en hueso: una aguja y un posible alfiler de base trapezoidal. Es importante el hallazgo por parte de un obrero de un cráneo dolicocefalo en un pequeño recodo muy cerca de los restos de un esqueleto de un recién nacido.
- II. Nivel estalagmítico de algunos decímetros de espesor, muy difícil de traspasar.
- III. Nivel arcillo-arenosos de color amarillento, que forman los primeros depósitos de la caverna. Arqueológicamente estéril.
- IV. Capa estalagmítica apoyada en las rocas de base.

Por la presencia de animales domésticos y cerámica y la inexistencia de industria lítica y objetos de metal, el prehistoriador francés consideró la ocupación perteneciente a la "última etapa de la Edad de piedra, ya que ante la ausencia de metal sería prematura incluirla dentro de la Edad del Bronce".

E. Cartailhac (1886), en su pionera síntesis sobre la Península Ibérica, clasifica una vasija de la colección Lartet, tosca y decorada con digitaciones, como neolítica. Estaba depositada en los fondos de Saint-Germain-en-Laye donde todavía se encuentran algunos de los materiales (DELPORTE, 1986).

En la serie de prospecciones que acometió el ingeniero de minas J. Garín y Modet (1912) incluyó Cueva Lóbraga. Las investigaciones se extendieron a la primera parte de la caverna y a la antecueva, más concretamente a la parte final de los dos corredores y a la cámara final de forma semicircular. En esta última (posiblemente la misma que excavó L. Lartet) encontró un depósito de cenizas de metro y medio de espesor en cuyo interior eran frecuentes los restos de vasijas de barro negro y pardo con diversas decoraciones, así como abundantes huesos y maderas quemadas. Finalmente en una pequeña cavidad rellena de tierra muy suelta aparecieron dos recipientes decorados que el autor consideró semejantes a los vasos caliciformes neolíticos. Algunos cm. por arriba se reco-

gieron los restos de una vasija de cobre que, en estudios recientes, se considera producto de relaciones atlánticas (FERNÁNDEZ MANZANO, 1986).

En su opinión los materiales son semejantes a los aparecidos en varias cuevas de la zona "correspondiendo a épocas Neolítica y Primera del Bronce" (GARÍN y MODET, 1912).

En 1915 P. Bosch Gimpera revisa los hallazgos. Por lo que respecta al vaso de bronce lo incluye en la Edad del Hierro, siendo característico de las culturas de Austria y Sur de Alemania. Lo mismo ocurre con los dos supuestos vasos caliciformes y la mayor parte de la cerámica descubierta que consideró hallstática (BOSCH GIMPERA, 1915). En posteriores trabajos seguirá citando parte de los materiales aunque variará en algunos casos su adscripción cronológica y cultural. En 1928 hará referencia, por ejemplo, a un perfil campaniforme liso (BOSCH GIMPERA, 1928, l.123, figura 5), ya comentado en una nota pie de página de la publicación anterior, o acabará incluyendo el yacimiento en su círculo de la "Cultura de las Cuevas" con cronología neolítica (1944, 1969, 1975).

Ismael del Pan (1921), basándose en los restos de la colección Zubía y en sus propias investigaciones, aborda una interesante valoración de conjunto, fijando tres etapas que posteriormente serán aceptadas por Blas Taracena (1941):

- I. Neolítico. Representado por abundantes restos de fauna pertenecientes a especies que vivieron en esa época (perro, jabalí, bóvidos y caballo). Este sería el argumento más importante manejado por el autor.
- II. Eneolítico. Debió utilizarse como lugar de enterramiento como lo demuestra el hallazgo de una punta de cobre pentagonal semejante, en su opinión, a las encontradas en Ciempozuelos y en enterramientos de esa época. Hay que añadir igualmente unos pequeños guijarros perforados que se pudieron utilizar como cuentas de collar, así como un pequeño canto calcáreo en forma de corazón.
- III. Edad de los metales. Existen numerosos restos que demuestran su ocupación como lugar de hábitat e incluso no descarta la posibilidad de enterramientos. Pudiera prolongarse hasta la I Edad del Hierro.

Luis de Hoyos Sáinz (1943 y 1950) publica los resultados de su estudio sobre el cráneo y la mandíbula encontrados por L. Lartet y conservados en l'Ecole d'Antropologie de París. Pertenecían a una mujer joven y a un niño de unos 20 meses. Incluye el primero entre los tipos Levantinos y Serrano-Castellanos, asociándolos cronológica y culturalmente a los momentos finales del Neolítico.

En la Historia de España de Menéndez Pidal, obra básica de mediados de siglo, Martín Almagro (1952) al hablar de las Invasiones Célticas incluye nuevamente el conjunto en esta etapa, siendo esta opinión predominante en la bibliografía hasta bien entrada la década de los setenta cuando se comienzan a modificar los esquemas sobre el Neolítico, Edad del Bronce y Hierro de la Meseta y Norte de la Península.

Recapitulando la información suministrada hasta el momento las hipótesis sobre la ocupación serían las siguientes:

Neolítico. Son varios los investigadores (Lartet, Cartailhac, Garín y Modet, I. del Pan, P. Bosch Gimpera y L. de Hoyos Sainz) que han visto representada esta etapa. Ninguno de los argumentos empleados (ausencia de metal, semejanza de materiales con otros lugares neolíticos e inclusión en círculos culturales más amplios según los esquemas del momento, fauna doméstica o tipo racial propio de esta fase) tienen consistencia.

Eneolítico. Los restos de inhumaciones junto a un ajuar de objetos de adorno y una punta de flecha de metal fueron los elementos que utilizó I. del Pan para definir el período. A esto habría que añadir la dudosa existencia de un campaniforme liso citado por Bosch Gimpera y posteriormente por J. Martínez Santaolalla (1930,122) e incluido más tarde en el repertorio elaborado por G. Moreno (1971-72).

Bronce Final-I Edad del Hierro. Existe cierta unanimidad en cuanto a la existencia de una fase hallstática. Así lo reconocen Bosch Gimpera en un primer momento, I. del Pan, Blas Taracena, que compara algunas cerámicas con las aparecidas en el transcurso de sus excavaciones en el Redal, y especialmente M. Almagro.

Con estos antecedentes Soledad Corchón (1972) abordó la revisión estratigráfica. La publicación de los resultados y en especial las conclusiones de su estudio son deudoras de las modas o teorías imperantes en la época por lo que han sido sometidas a revisión.

Realizó dos sondeos en la antecueva o tunnel de entrada. La Sala I tuvo una extensión de 1,50 por 1,50 m. mientras que en la II fue ligeramente inferior: 1,25 por 1,35 m. No vamos a explicar aquí la estratigrafía, claramente expuesta en la memoria, sino que recogemos las conclusiones finales en las que se decanta por un sólo momento de ocupación en la Sala I: los niveles 4 y 5 se adscribirían al Bronce Final; mientras que los superiores (2 y 3) coincidirían con la I Edad del Hierro. Los niveles de la Sala II los situaría en la I Edad del Hierro coincidiendo con el 2 y 3 de la Sala I.

A partir de estos momentos las noticias sobre materiales concretos son más escasas y de escasa trascendencia. Únicamente conviene señalar las referencias a colecciones particulares recogidas en la Miscelánea de Arqueología Riojana, en la que A. Marcos Pous (1973, 50) da noticia de algunas piezas en poder de particulares de Torrecilla o M. a. Beguiristáin y A. Castiella (1973, 192 y ss) estudian la colección depositada en el Seminario Diocesano de Logroño. Esta última autora, en su Tesis sobre la Edad del Hierro en Navarra y Rioja vuelve a referirse al yacimiento sin incluirlo en su estudio por tener dudas sobre su cronología (CASTIELLA, 1977).

Esta disparidad de criterios en cuanto a su atribución cronológica y cultural unida a los nuevos datos que suministraban otras excavaciones nos hicieron ser extremadamente cautos en la valoración que realizamos en nuestra Tesis de Licenciatura en la que contemplábamos la posible existencia de diferentes etapas de ocupación tal como habían afirmado investigadores anteriores aunque por otros motivos, ya que las referencias de Fernández-Posse (1980) al estudiar la Cueva del Aire de Patones o el panorama que se abría a raíz de la excavación de la cueva del Asno en Soria, en cuya memoria se hace

referencia a la posible existencia de materiales atribuibles al Bronce Medio (Eiroa 1979), hacían pensar en un panorama más complejo. En esta misma línea se manifestaban otros autores como M. A. Beguiristáin (1982, 137) que incluyó los niveles inferiores de cueva Lóbraga en su fase 2 (Neolítico Final-Eneolítico inicial entre el 3000 y el 2000 BC) o G. Delibes y Esparza que la comparan con otras propias del Neolítico de la Meseta (DELIBES, 1985,25-26; DELIBES y ESPARZA, 1985, 119) .

Si algo queda claro de lo expuesto hasta ahora es que se hacía necesaria una nueva revisión. Esta comenzó con un artículo de A. Jimeno (1985) que analiza los resultados de Soledad Corchón, se continúa de manera más exhaustiva con el trabajo de J. Ceniceros e I. Barrios (1988) y culmina con una nueva excavación en extensión por parte de los últimos autores, de la que conocemos un importante avance (BARRIOS y CENICEROS, 1991).

A. Jimeno (1985,49) a partir de los materiales proporcionados por el sondeo plantea el siguiente esquema:

- Eneolítico correspondiente al nivel 5 de la sala I.
- Fase Campaniforme en los niveles 2 y base del 1c de la sala II.
- Bronce Antiguo-Medio, niveles 4 y 3 de la sala I
- Bronce Medio-Final, ya con cerámicas excisa, en 1a, 1b y 1c en la sala II.

La revisión realizada por Ceniceros y Barrios (1991, 90-98), más intensa y con comprobación directa de materiales mostraba ciertas discrepancias:

- Neolítico. Se manifiesta esencialmente en el nivel 5 de la Sala I, y correspondería a los momentos finales a juzgar por los paralelos tipológicos de algunos materiales, en especial de una botella incisa.
- Ocupación campaniforme. Sólo se encuentra cerámica con esta decoración en la Sala II, si bien en la I existen motivos incisos. Algunos de ellos parecen coincidir con el denominado "tipo Molino" y "Silos-Vaquera" de Fernandez Posse.
- Ocupaciones posteriores. Se documentan materiales del Bronce Medio y con menor intensidad del Bronce Avanzado. Las etapas finales estarían representadas por la decoración excisa que puede responder a una evolución de tradiciones anteriores en contacto con Cogotas I y por fragmentos acanalados que responderían a momentos más tardíos propios del Bronce final y I Edad del Hierro.

Respecto a los resultados de las campañas de excavación las conclusiones más importantes las podríamos resumir en varios puntos:

- La secuencia estratigráfica es comparable a la proporcionada por el sondeo de S. Corchón.

- Las sucesivas intervenciones han afectado a la casi totalidad del yacimiento por lo que "la mayoría de los materiales corresponden por tanto a estratos revueltos y su descripción cronológica y cultural solo puede establecerse a través de pautas tipológicas o morfológicas" (BARRIOS y CENICEROS, 1991,58).
- Es importante contar con una secuencia cronológica que apoya las anteriores hipótesis establecidas por comparación de materiales.
- Las dataciones absolutas marcan tres etapas claras, aunque no necesariamente tienen que ser las únicas representadas en el yacimiento (BARRIOS y CENICEROS, 1991,51).
- La secuencia marcada por las fechas es coherente con la posición estratigráfica, basándonos en las profundidades en las que fueron tomadas, aunque no en todos los casos es coherente la fecha con los materiales correspondientes.

Neolítico. Nivel III ... GrN-16.110 6220 ± 100 BP. 4270 BC. La cifra coincide con otras aparecidas en el Valle del Ebro y nos remonta a sus momentos más antiguos. Se documentó en los niveles inferiores de la Sala I y no existe correspondencia con la Sala II. Los materiales más significativos coinciden con los fragmentos de una botella con perforaciones en el borde y decoración incisa. Es sumamente interesante la presencia de al menos dos piezas de fibras vegetales pertenecientes a cestos o esteras (Barrios y Ceniceros 1991, 52-53).

Calcolítico. Nivel II GrN-16.111 4480 ± 60 BP. 2530 BC. La fecha es excesivamente alta para los materiales que se encontraron en el nivel (estato 2, Sala I), cuya representación más significativa es la cerámica con decoración campaniforme y los objetos de adorno. Es comparable con gran parte de los materiales aparecidos en la Sala II con una importante industria ósea y abundante cerámica campaniforme

Bronce Medio. Nivel I GrN-17.019 3215 ± 50 BP. 1245 BC. Es el que más coincidencia presenta entre materiales y cronología. Los restos cerámicos que son los más representativos tienen paralelos cercanos en yacimientos con tipologías comparables como advierten los mismos autores. Vasos sinuosos abiertos, carenados, decoraciones incisas formando zig-zag o diseños geométricos (BARRIOS y CENICEROS, 1991,56) (figura 14.1 a 4).

Etapas posteriores. Elementos recuperados en la Sala II y superficie de la I parecen indicar ocupaciones, quizás esporádicas, posteriores al Bronce Medio. Así lo indicarían, en opinión de los autores, las decoraciones excisas o de boquique que se pueden relacionar con Cogotas I o incluso fragmentos acanalados que responderían a manifestaciones del Bronce Final o I Edad del Hierro propias del Valle del Ebro (Barrios y Ceniceros 1991,58) (figura 14.5).

En suma, la excavación ha resuelto algunos problemas pero ha dejado en el aire otras cuestiones que difícilmente se podrán averiguar. Las condiciones del yacimiento no han permitido a los excavadores cumplir sus objetivos y es inevitable en algunos casos seguir contando con la tipología y el recurso a los paralelos para intentar resolver algunas incógnitas.

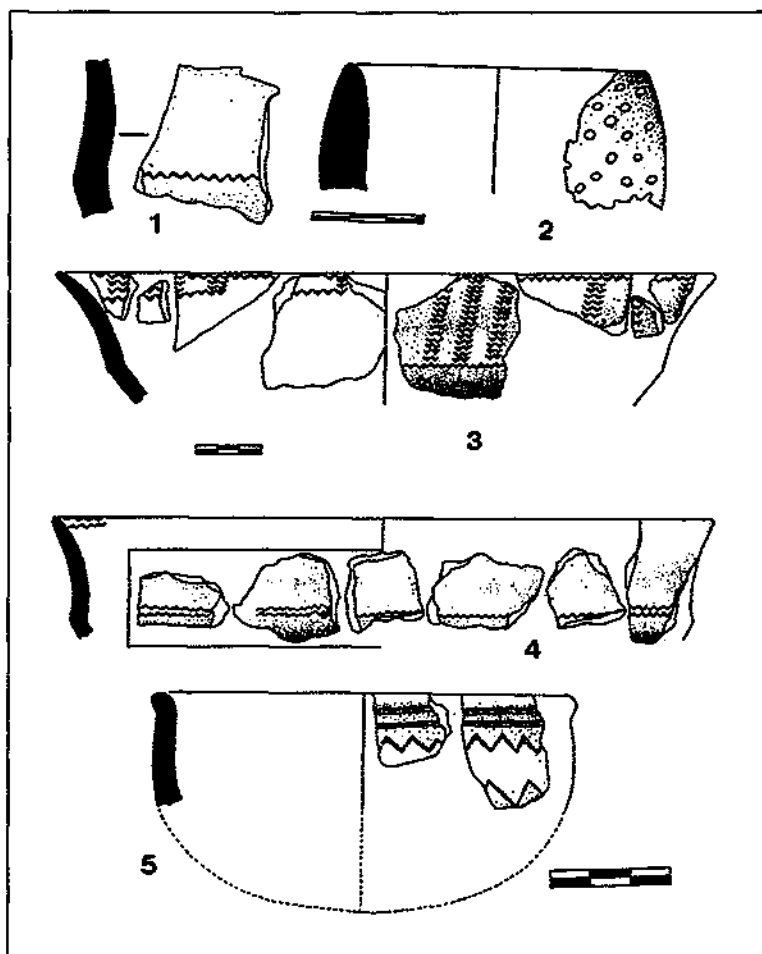


Figura 14. Cueva Lóbrega. 1 y 2: Nivel I. 3,4 y 5: Sala II

CUEVAS DE PEÑA MIEL

En un macizo rocoso, en el término municipal de Nieva de Cameros, se abren distintas cavidades conocidas desde el siglo pasado, ya que alguna de ellas (PM inferior I) sirvió de refugio a los obreros que construían la carretera nacional.

Las denominadas inferiores se sitúan por debajo de la carretera, más cerca de curso de agua, en su orilla izquierda. El hecho de que existan dos cavernas en esta zona ha provocado confusiones en algunos investigadores que, desde la primera noticia publicada por L. Lartet, han intentado visitarla. Es muy posible que desde la intervención del autor francés la que denominamos Peña Miel Inferior I no fuera redescubierta hasta

fechas recientes, ya que no se aportan nunca materiales nuevos, lo que ha motivado que se haya conservado en buenas condiciones. A partir de 1980 ha sido excavada durante tres campañas por P. Utrilla, quien ha publicado la memoria, en la que se documenta una prolongada ocupación Musteriense con un nivel de transición al Paleolítico Superior, y a la que remitimos ya que su cronología supera el marco que nos hemos marcado en este estudio (UTRILLA *et alii*, 1989).

La que en nuestro catálogo figuraba como Peña Miel Inferior II (Rodanés 1982), se encuentra unos 300 m aguas abajo de la anterior. Se trata de una amplia sala con tres grandes bocas y el suelo cubierto de grandes bloques desprendidos del techo y abundantes cantos que ocupan toda su superficie. Posiblemente es esta la que visitaron los investigadores posteriores. J. Garín y Modet (1912) estuvo en ella pero no realizó excavaciones aunque recogió cerámicas análogas a las de la cueva superior que aparecían en los espacios formados entre los cantos.

La misma confusión llevo a I. del Pan (1918 y 1921) a excavar sin resultados. Solamente encontró " a unos metros de profundidad Ursus Spelaeus y Cervus Elaphus, con restos de Bos".

Igualmente, nuestras prospecciones en compañía de P. Utrilla cuando se iniciaron los trabajos en la anterior fueron también infructuosos.

A unos 10 m. por encima de la carretera nacional 111, desde la que se ve la boca de entrada, se encuentra Peña Miel Superior. Las primeras referencias bibliográficas proceden de los trabajos de L. Lartet, quien realizó excavaciones sin encontrar restos arqueológicos que demostrasen una ocupación humana. Sin embargo, de un nicho adyacente a la cámara principal recuperó restos de Rhinoceros, diferentes del Tichorinus, así como otros pertenecientes a un gran bóvido (*Bos primigenius*), ciervo y corzo.

Con estos datos, el prehistoriador la incluyo en su más antigua etapa: "La Edad del Rhinoceros y del *Bos primigenius*" cuando todavía las cuevas no eran habitadas por el hombre (Lartet 1886). Esta noticia hizo que fuera incluida en el catalogo de cavidades con fauna de la Península realizado por H. Obermaier (1925).

J. Garín y Modet realizó una extensa intervención. Destaca la actuación en la segunda galería, en una cámara ovalada donde encontró un nivel de cenizas de 50 a 100 cm. de potencia. Recogió abundantes fragmentos de cerámicas de barro rojo y negro con decoraciones en bandas en relieve y depresiones continuas y dientes de lobo en filas horizontales, que consideró característicos del Neolítico francés. Por último, en el corredor final aparecieron fragmentos semejantes a los anteriores y "un trozo de barro rojo de una bellísima y original ornamentación". En su opinión los restos pertenecerían "al último periodo Neolítico o Primera Edad del Bronce" (GARÍN y MODET, 1912).

En la ya comentada revisión de Bosch Gimpera (1915), el prehistoriador catalán manifestó la existencia de varias etapas:

- La más antigua estaría representada por el fragmento de barro rojo, perteneciente en su opinión a la especie campaniforme tipo Ciempozuelos, de cronología eneolítica.

- La segunda, en la que se incluyen la mayor parte de materiales encontrados en la cámara ovalada, coincidiría con los de otras cavidades y se dataría en la I Edad del Hierro.
- Por último, destaca la presencia de fragmentos de "sigillata de baja época"

A partir de estos momentos el yacimiento va a ser citado por dos tipos de materiales: el fragmento campaniforme y los supuestamente Hallstáticos.

El campaniforme se incorporó a los repertorios de A. del Castillo y de ahí a todos los estudios posteriores, aunque el mismo reconsideraría su opinión y acabaría relacionándolo con la cerámica "traída por los celtas, procedente probablemente de tierras Renanas" (CASTILLO, 1928, 1943). Aún después de esta rectificación seguirá apareciendo en síntesis sobre cerámica con decoración campaniforme (MORENO, 1971-72; HARRISON, 1977).

La ocupación hallstática será retomada por M. Almagro, los materiales comparados con los de Cueva Lóbrega por S. Corchón y algunos, que permanecían en colecciones particulares, serán estudiados por A. Castiella que les asignará similar cronología, aunque con ciertas reservas, ya que algunas de las formas que consiguió reconstruir (2,7,8,9,) eran semejantes a las aparecidas en poblados de la I Edad del Hierro (ALMAGRO, 1952; CORCHÓN, 1972; CASTIELLA, 1973, 1977).

En las prospecciones que realizamos en 1979 pudimos recoger una pieza de hoz y más de un centenar de fragmentos cerámicos localizados todos ellos entre la tierra revuelta que aparecía junto a la excavación de Garín y Modet y donde numerosos clandestinos habían practicado remociones. Estos restos no aportaban ninguna novedad y eran similares a los depositados en la colección Julio Rodríguez del Seminario Diocesano de Logroño (RODANÉS, 1982).

Excavaciones de 1983 y 1984

Se realizaron en la cámara donde ya había excavado Garín y Modet. Para evitar los niveles revueltos se practicó el sondeo junto a la pared occidental (PÉREZ ARRONDO y BARRIOS, 1989).

Los cinco estratos puestos al descubierto correspondían a dos posibles niveles de ocupación que han sido descritos en un avance provisional.

El nivel I fue parco en materiales, destacando un gran cuenco liso, fragmentos con decoraciones plásticas y uno con decoración campaniforme.

El nivel II, por el contrario, ofreció abundante material. Hay que señalar las piezas de hoz en sílex, y los elementos cerámicos que permiten reconstruir un cierto número de formas. Las decoraciones son sumamente interesantes, y en principio de muy variada cronología, ya que existen desde motivos típicamente campaniformes, junto a otros diseños incisos más simples, en zig-zag o dientes de lobo, triángulos, o aplicaciones plásticas en forma de cordones impresos y acabados rugosos (figura 15).

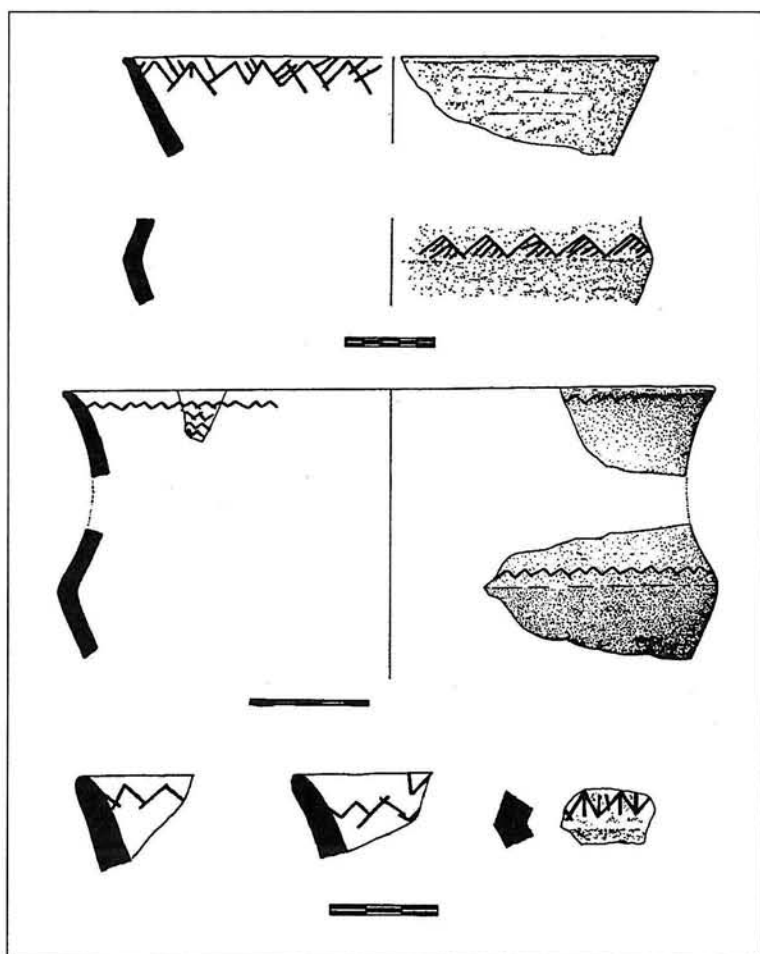


Figura 15. Peña Miel. Nivel II

Peña del Recuenco

Poblado de pequeñas dimensiones, fuertemente erosionado y localizado en la parte superior de una formación rocosa,alzada sobre un meandro del río Alhama, en el término de Aguilar.

Los hallazgos superficiales realizados por J. A. Hernández Vera (1975) consistieron en un brazalete de arquero, una pequeña hacha pulimentada, una pieza de hoz y un interesante conjunto cerámico en el que destacan las formas de contornos simples o cuencos, los vasos ovoides y globulares y los de ligero perfil en S con asa de sección circular. Las decoraciones presentes se han realizado mayoritariamente mediante impre-

siones en la boca y panza. Destacan por su singularidad los motivos incisos, en especial un pequeño fragmento de borde con decoración interior a base de zig-zag, un triángulo relleno de puntos o una guirnalda formada por dos líneas paralelas realizadas mediante técnica de boquique (HERNÁNDEZ VERA, 1975) (figura 16).

Los Lagos

Se encuentra situada en el sector occidental del conjunto arqueológico de Inestrillas, sobre la margen derecha del río Alhama, en el término municipal de Aguilar. La boca, de reducidas dimensiones, está orientada al SW. El trazado es angosto e irregular, de difícil acceso, con abundantes derrumbes y fuerte desnivel (CASADO y HERNÁNDEZ VERA, 1979, 98).

Conocemos su existencia por una prospección en la que se recogieron restos humanos y abundantes materiales arqueológicos, en su mayoría cerámicos.

A falta del correspondiente estudio antropológico, se documentó la existencia de un individuo completo y una serie de restos pertenecientes a un número indeterminado de inhumados.

Del mismo lugar procede un importante lote cerámico en el que destacan los cuencos hemiesféricos y troncocónicos, algunos con asas y mamelones laterales, ovoides con fondos planos y globulares, recipientes con carenas altas y suaves perfiles en S. Predominan las piezas lisas que coexisten con otras decoradas con mamelones, rugosidades, aplicaciones plásticas con digitaciones, excisión y boquique (figura 17).

Una punta de flecha de bronce y cuatro punzones en hueso y asta completan el posible ajuar.

La interpretación del yacimiento no está exenta de problemas dada la remoción y la situación de los hallazgos. En principio, como proponen los autores, aceptamos la relación entre los materiales y los enterramientos, atribuyendo todo el conunto a un momento indeterminado del Bronce Medio o Final, destacando las afinidades de los materiales cerámicos con la cultura de Cogotas I y con los aparecidos en el cercano poblado del Recuenco (CASADO y HERNÁNDEZ VERA, 1979).

Majada Londeras

Yacimiento localizado en las laderas orientales en el camino de acceso al cerro de Majada Londeras entre Matute y Tobía. Se conocen materiales superficiales procedentes de la colección de C. Ulecia. Destacan las decoraciones incisas sobre el borde, panza o carena, en ocasiones formando zig-zag (PÉREZ ARRONDO, CENICEROS y DUARTE, 1987, Lam. XXVII). Especialmente significativo es un vaso de tendencia ovoide y suave perfil en S que porta decoración con técnica de boquique (Pérez Arrondo 1986, figura 8) (figura 18, 1, 3 y 4).

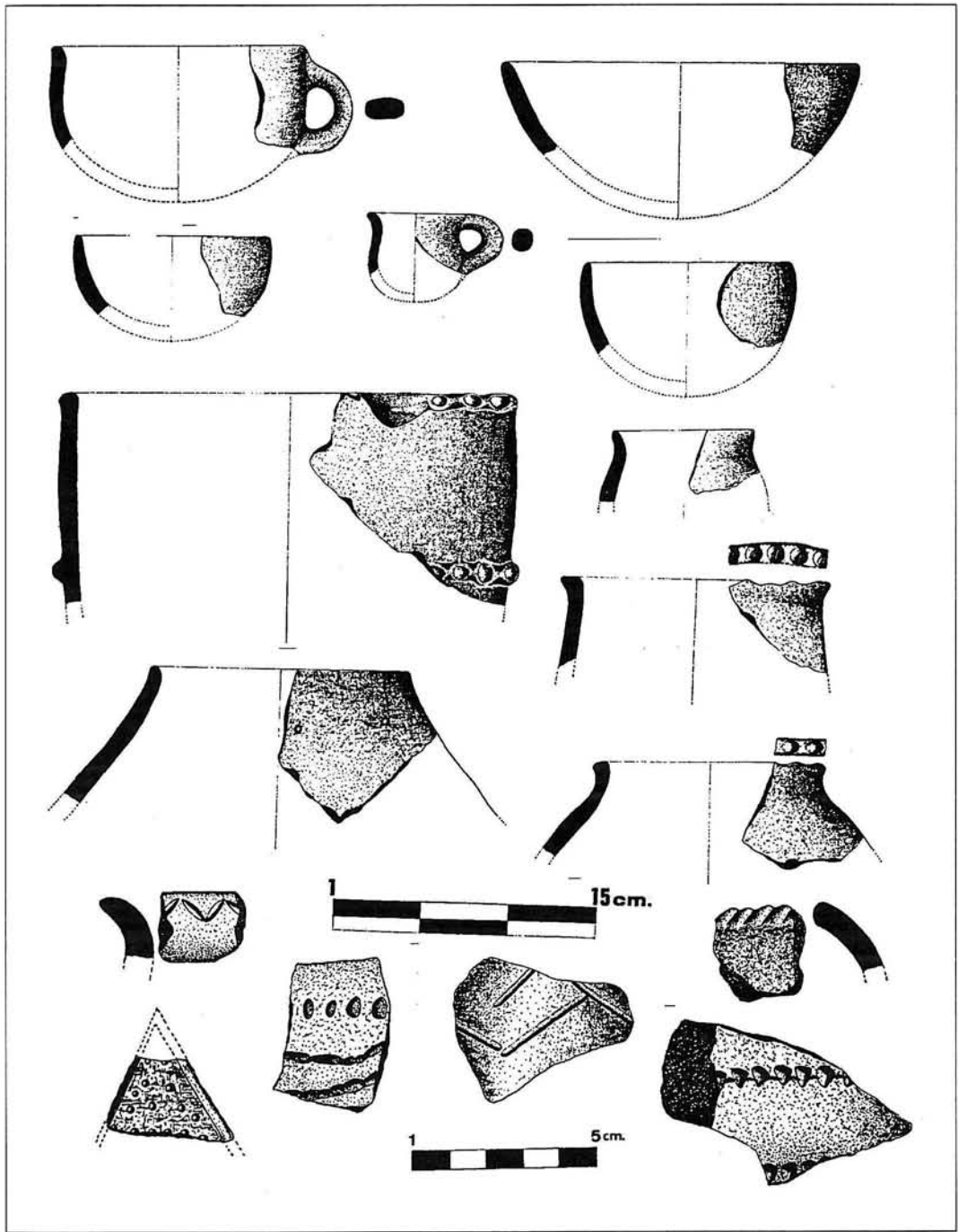


Figura 16. El Recuenco

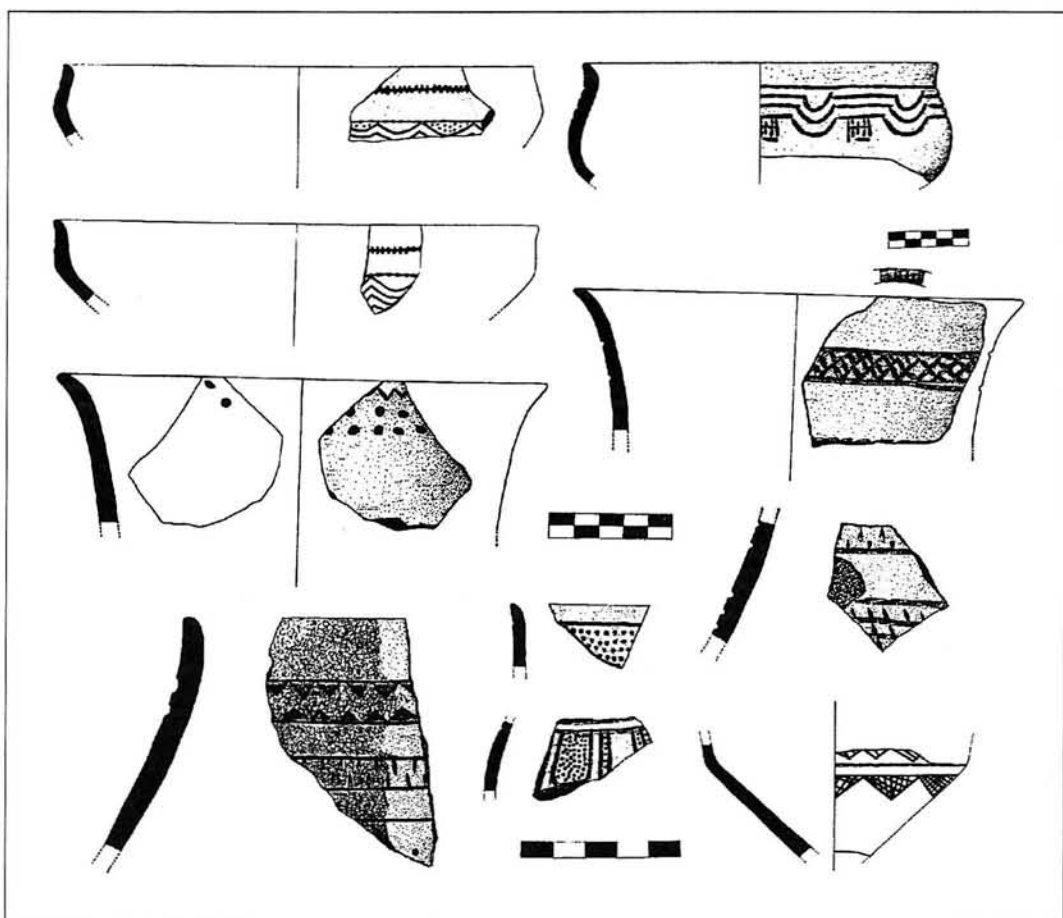


Figura 17. Los Lagos

Pradoviejo

Restos de una posible cabaña localizados en Pradoviejo, término municipal de Logroño. Las cerámicas (únicas evidencias aparecidas) se concentraban en una pequeña extensión de color más oscuro, que coincidiría con los límites de una posible vivienda. Los fragmentos recuperados permiten reconstruir formas con carenas medias y altas, de buen acabado y superficies lisas y espatuladas (L.18, 2,5 a 9. La cronología propuesta por los descubridores nos lleva a "un momento posterior al definido por la presencia de cerámicas campaniformes y, posiblemente, anterior a la introducción de Cogotas I", estableciéndose comparaciones con Tragaluz, Peña Miel superior y nivel I de la Sala I de Cueva Lóbrega (ÁLVAREZ y CENICEROS, 1992, 155).

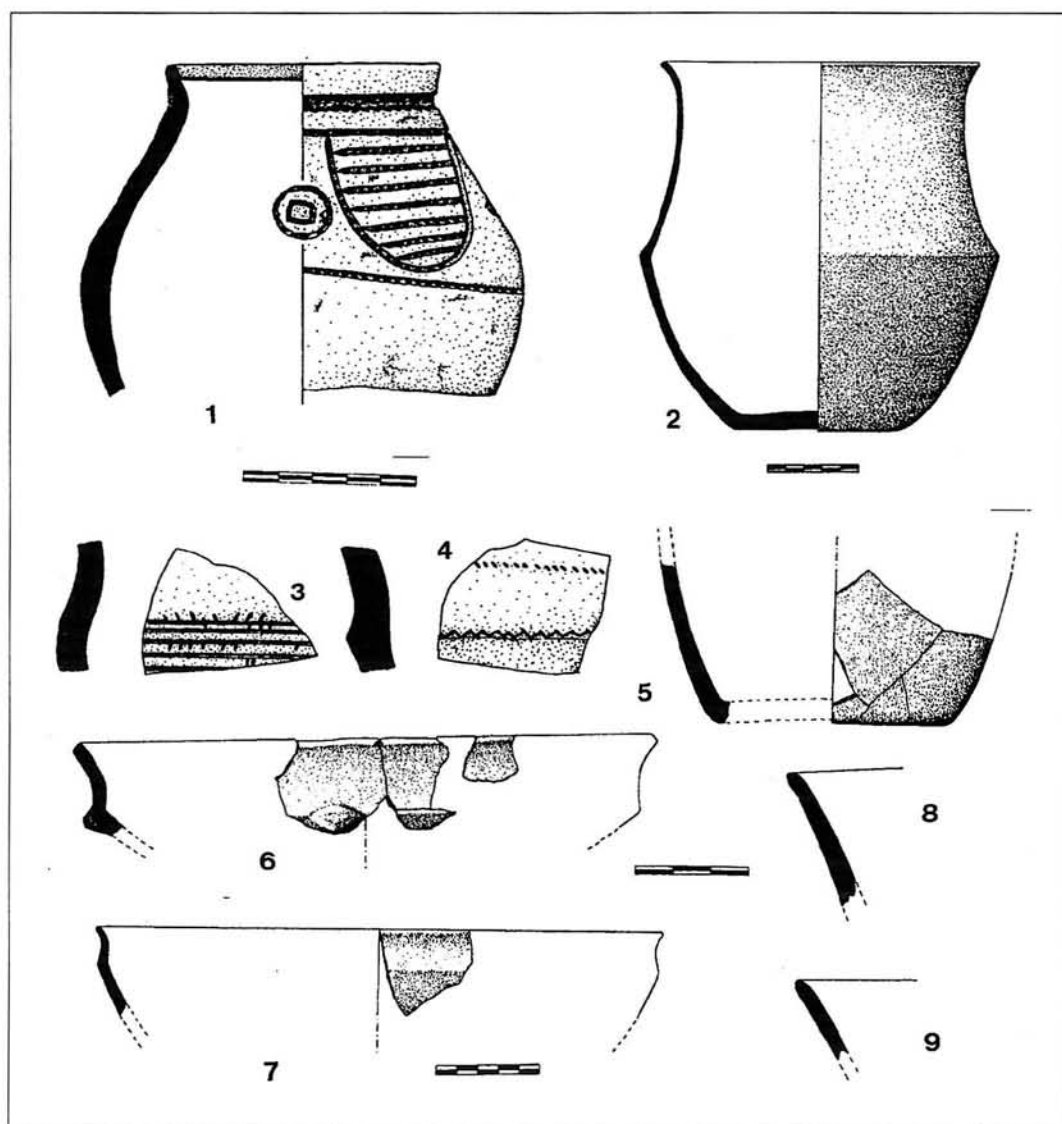


Figura 18. 1, 3 y 4: Majada Londeras. 2, 5, 6, 7, 8, 9: Pradoviejo

DESARROLLO DEL BRONCE MEDIO Y TARDÍO EN EL VALLE DEL IREGUA

La mayor parte de la información que poseemos, o si se quiere la más fiable, procede de los yacimientos emplazados en este valle, por ello vamos a intentar realizar un estudio comparativo de los distintos niveles con el fin de establecer una secuencia provisional.

La datación del nivel inferior de San Bartolomé nos situaría en la transición Bronce Antiguo-Medio según las cronologías al uso en el Valle del Ebro y Meseta Norte. Como ya hemos comentado, el elemento más característico y numeroso es la cerámica. Destaca por la presencia mayoritaria de formas simples o diferentes tipos de cuencos, seguidos de vasos de perfil en S y recipientes carenados. A ellos hay que añadir los perfiles ovoideos o globulares de fondos generalmente planos. Estos últimos son los únicos que presentan decoración a base de motivos impresos en los bordes o en cordones con digitaciones, ungulaciones o instrumentos. Igualmente son frecuentes los acabados rugosos y las aplicaciones plásticas, esencialmente cordones lisos, mamelones y pezones de diferentes tamaños y morfologías, siendo igualmente abundantes las asas de diferentes secciones y tamaños (figuras 3 a 7). El resto de las formas carece de decoración estando totalmente ausentes los dibujos incisos. Los únicos elementos no cerámicos consisten en una punta de flecha foliforme en sílex blanco y un punzón de sección cuadrada similar a los de algunos sepulcros megalíticos (Peña Guerra y Collado Palomero), donde existen recipientes no campaniformes perfectamente comparables con los que aquí hemos mencionado.

Algunos materiales de Cueva Lóbrega presentan notables coincidencias. Siguiendo la estratigrafía proporcionada por el sondeo de S. Corchón, los recipientes de los niveles 3 y 4, tal como ha señalado A. Jimeno (1985, 48), mayoritariamente lisos, con distintos tipos cuencos, formas globulares y perfiles en S, decoraciones escasas a base de impresiones en los bordes, cordones de diferentes secciones, superficie rugosas y algún fragmento de colador, muestran semejanzas con las formas y decoraciones representadas en el yacimiento de Nestares. Como el mismo autor afirma se pueden situar en un contexto cultural de un Bronce Antiguo avanzado o inicios del Bronce Medio, coincidente con la datación ofrecida por la cueva que hemos excavado. Se conocen yacimientos con materiales similares tanto en poblados como en cueva. Son significativas las afinidades morfológicas de la cerámica con el denominado Bronce II de Los Husos que agrupa los estratos IIB1 y A, correspondientes a los momentos más recientes del paquete II (APELLÁNIZ, 1974, 255 y ss.). Las concomitancias con otros establecimientos del valle del Ebro son igualmente claras como sucede con la recientemente estudiada cueva del Moro de Olvena con dataciones comparables (1480 ± 35 y 1580 ± 70 BC) o con otras propias de ambientes de montaña como las emplazadas en el Prepirineo y Pirineo catalán conocidas desde comienzos de siglo (RODANÉS y RAMÓN, 1996).

A la luz de estos datos parece posible pensar que este horizonte de cerámicas no decoradas, o más bien en el que están ausentes las incisiones, parece suceder al apogeo campaniforme en el Valle del Iregua. El hecho no es único. En gran parte del Valle Medio del Ebro, la norma establecida por estratigrafías y gran cantidad de hallazgos de superficie parece confirmar la sustitución de las cerámicas con decoraciones campaniformes por otras mayoritariamente lisas (RODANÉS, 1992). Igualmente, en la Meseta, aunque con menor intensidad, se puede apreciar el mismo fenómeno, coincidiendo con lo que Fernández-Posse (1986, 479) denomina "verdadero Bronce Medio con cerámicas lisas y un

auténtico ajuar metálico que parecen constituir un horizonte intermedio entre Ciempozuelos y Cogotas I en algunas zonas".

El siguiente yacimiento, con una cronología más tardía, cercana a los últimos com-pases del Siglo XIV BC, es la cueva de Tragaluz que a pesar de su carácter funerario ofrece un interesante ajuar cerámico. Las principales diferencias respecto a San Bartolomé radican en la masiva presencia de cuencos de grandes dimensiones y variada morfología, al mismo tiempo que aparecen recipientes carenados abiertos y decoraciones incisas con motivos triangulares que recuerdan a las composiciones campaniformes tardías.

A continuación, apenas un siglo después (mediados del s. XIII BC) habría que situar el nivel I de las últimas excavaciones en Cueva Lóbrega. Presenta materiales diferentes a los de Tragaluz, pero en parte similares a los procedentes de los niveles 1a, 1b y 1c de la campaña de S. Corchón (1972). Las formas carenadas abiertas y de carena baja y media con decoraciones muy abundantes a base de motivos incisos, zig-zag en el interior del borde, triángulos, retículas y diferentes diseños, coinciden con los encontrados en Peña Miel, Los Tolmos de Caracena, La cueva del Asno, Covarrubias o Solacueva, por citar algunos paralelos cercanos ya conocidos (FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, figura 4).

Aunque en algunos rasgos se pueden apreciar afinidades con la cercana cultura de Cogotas en su fase más antigua o mejor aún Pre o Proto-cogotas I existen otras características decorativas, en especial los triángulos invertidos rellenos de paralelas, propias de yacimientos situados en los bordes del Sistema Ibérico que se superponen al campaniforme y terminan entrando en contacto con Cogotas I primero y con las excisas del Valle del Ebro después (FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, 483).

El momento final viene marcado por el nivel superior de San Bartolomé con unas dataciones correspondientes a los últimos momentos del siglo XI BC, procedentes tanto de la entrada como de los enterramientos. La principal característica es la existencia de decoración excisa que, a pesar de ciertas diferencias tipológicas, se puede relacionar con la aparecida en Cueva Lóbrega (CORCHÓN, 1972, 88), en el nivel IC de los Husos (1974, 70) o en Los Lagos (CASADO y HERNÁNDEZ, 1979) y ponerla en relación con el mundo característico de la Meseta, que en fechas anteriores ya conocía la técnica como ha quedado patente en Los Tolmos. Nos parece, en definitiva, más probable, teniendo en cuenta las dataciones, su vinculación con el mundo de Cogotas I o con el Bronce que se está desarrollando en la zona que con las posteriores que aparecerán en el Valle del Ebro. Es más, las fechas pudieran utilizarse para justificar el origen interior abogando por un autoctonismo total como ya han planteado algunos autores (PELLICER, 1984, 420), frente a la dualidad de procedencias (RUIZ ZAPATERO, 1984), reivindicando la anterioridad de estos fragmentos frente a los que luego encontraremos en poblados como Santa Ana, El Castejoncillo o La Coronilla, sin olvidarnos, por supuesto, del más importante en cuanto a sus conjuntos excisos como es Partelapeña (El Redal), cuyos recipientes no se pueden llevar más allá del siglo VIII BC. Una sugerente hipótesis contemplaría la posibilidad de interrelación entre este nivel superior de la cueva camerana y los inferiores Partelapeña I y II, hasta el momento muy mal conocidos.

En un simple intento de interestratificación se podría afirmar que en la etapa que media entre las dos fases de ocupación de la cámara de entrada de San Bartolomé se intercalarían los niveles de Tragaluz, Peña Miel Superior y Cueva Lóbrega I, siendo este periodo, *grosso modo*, entre el 1350 y el 1000 aC, el de máximo apogeo de la cerámica con decoraciones incisas, tímidamente iniciada en el yacimiento de Pinillos y mayoritariamente aparecida en las otras dos cuevas. La denominada decoración de "dientes de lobo", horizonte de las incisas, horizonte de cueva Lóbrega, horizonte de Berbeia o como propone recientemente Esparza (1990, 119): cerámicas incisas tipo Cueva Lóbrega-Berbeia sería el elemento más característico.

REFLEXIONES FINALES

Los datos expuestos en las páginas anteriores nos permiten mejorar sustancialmente los conocimientos que hasta escasas fechas poseíamos sobre la evolución de la Edad del Bronce en La Rioja. Los resultados de las excavaciones han permitido elaborar una secuencia lineal e interrelacionar los yacimientos del Valle del Iregua, lo que nos permite establecer comparaciones con otros territorios.

En la Meseta el estudio del Bronce Medio ha experimentado notables avances en los últimos años. El período quedaba enmarcado entre dos Complejos mejor conocidos y caracterizados arqueológicamente como son por un lado el Campaniforme tipo Ciempozuelos y por otro la Cultura de Cogotas I, que venían a sustituir en cierta medida los tradicionales apartados dedicados en la Prehistoria europea al Bronce Antiguo y Final respectivamente. Las indudables vinculaciones entre uno y otro grupo y las sucesivas y variadas soluciones que se han planteado para llenar este espacio de tiempo han sido enunciadas por varios investigadores (FERNÁNDEZ-POSSE, 1986; DELIBES y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1986-87; BLASCO, 1987; JIMENO y FERNÁNDEZ MORENO, 1991; DELIBES y ROMERO, 1992; CASTRO, MICO y SANAHUJA, 1995). En la actualidad se admite mayoritariamente que la génesis del mundo de Cogotas I debe coincidir con el Bronce Medio en el que se establecería lo que se ha venido en denominar Pre o Proto-Cogotas I, cuya característica esencial quedaría definida por la coexistencia de diferentes áreas culturales o facies.

Respecto a La Rioja, la linealidad que hemos puesto de manifiesto a la hora de realizar la interestratificación de las cuevas cameranas puede conducir, por exceso de simplicidad, a errores ya que la muestra es muy reducida, tanto en yacimientos como en extensión de territorio. Al intercalar un horizonte de cerámicas lisas entre los últimos campaniformes y el horizonte de cerámicas incisas tipo Lóbrega, se quiebra en cierta medida la supuesta continuidad de los motivos decorativos impreso-incisos, lo que dificulta la explicación de sus posibles vínculos, que hoy por hoy parecen claros, por lo que deberíamos contemplar la posibilidad de que exista un nexo de unión, quizás apreciable en el nivel inferior de Peña Miel o en Cueva Lóbrega. Ello nos lleva a plantear otra posible explicación alejada de la clara secuencia que presentan las ex-

cavaciones comentadas. La solución pasaría por la aceptación de facies contemporáneas en el mismo territorio de manera que pudieran coincidir en el tiempo horizontes lisos con otros incisos tal como han argumentado otros autores para la Meseta (FERNÁNDEZ-POSSE, 1986; BLASCO, 1987, 88; JIMENO, 1988). No debemos olvidar que las fechas del nivel inferior de San Bartolomé son, incluso, ligeramente más antiguas que la del nivel superior de Peña Guerra II (1460 ± 60 BC), o el corredor de Peña Guerra I (1500 ± 70 BC). La explicación de la existencia de esta supuesta dualidad de tradiciones decorativas en un territorio tan restringido es difícil de argumentar y por el momento no encontramos respuesta. Caben hipótesis funcionales, oponiendo yacimientos funerarios y hábitats, o vajillas comunes frente a otras de mayor riqueza utilizadas con carácter simbólico o de prestigio. Podemos recurrir a la fuerte incidencia del substrato del Bronce Antiguo que imprimiría cierta personalidad a cada yacimiento según sus antecedentes, o bien atender a opciones más clásicas, contemplando la existencia de grupos humanos diferenciados, comunidades social o económicamente distintas o con una fuerte movilidad. Ninguna de estas posibilidades puede ser, por el momento, contrastada.

El Bronce Medio avanzado o Tardío queda definido por las cerámicas incisas tipo Lóbrega. Es decir, una facies propia, paralela y contemporánea pero diferente a la de la Meseta Norte, que entra en contacto con Cogotas a partir de la expansión de esta última desde comarcas más meridionales a las que estamos tratando (FERNÁNDEZ-POSSE, 1981, 1986). Otra interpretación, igualmente plausible, es la expuesta recientemente por Esparza (1990). El autor desarrolla una serie de argumentos en los que se contemplan afinidades morfológicas, estilísticas, de distribución territorial amén de similitudes en determinados yacimientos, afirmando la existencia de una unidad cultural, pudiéndose considerar como un elemento más de los que posteriormente configura n la cultura de Cogotas I. Ambas hipótesis coinciden en la aceptación de este horizonte cerámico con peculiaridades propias y con una distribución espacial clara. Las diferencias radican en el papel que éste desempeña en el nacimiento de lo que luego será Cogotas I. Mientras que en el primer caso nos encontraríamos ante un "área marginal" o secundaria que recibiría la citada cultura ya elaborada, produciéndose una superposición o una aceptación de algunos de sus rasgos; en el segundo, estos territorios deberían incluirse en una supuesta "área nuclear" conformadora por convergencia del nuevo complejo.

Las cerámicas excisas que encontramos en el nivel superior de San Bartolomé, las que aparecen acompañadas de boquique en Lóbrega y Los Lagos o estas últimas decoraciones recogidas en la Peña del Recuenco o Majada Londeras pueden incluirse en un Bronce Tardío o Final y ser interpretadas al menos de dos formas distintas teniendo en cuenta lo expuesto en el párrafo anterior. Podemos contemplarlas como resultado de una expansión desde la Meseta una vez que allí se consolidó Cogotas I, por lo que habría que incluirlas en un momento de plenitud del grupo; o bien admitir la posibilidad de una evolución "in situ", en los rebordes del Sistema Ibérico.

Las estratigrafías de los yacimientos anteriormente comentados, las prospecciones y los hallazgos superficiales no permiten inclinarse tajantemente por una de las posibilidades. Los datos son escasos, los territorios de la vertiente sur del Ebro están muy próximos a la Meseta y los intercambios y relaciones pudieron ser frecuentes en todas las etapas. No podemos descartar la posibilidad de que lugares como El Recuenco o Majada Londeras fueran contemporáneos, por ejemplo, de los Tolmos de Caracena, hecho este que elevaría su cronología a momentos anteriores al apogeo y expansión de Cogotas, coincidiendo más bien con su etapa de formación. El único lugar donde se puede apreciar claramente el carácter intrusivo de la excisión y llevarla, por lo tanto, al Bronce Final, es el nivel superior de San Bartolomé.

Si a lo largo de estas páginas han quedado patentes las dificultades de explicar con cierta coherencia los problemas de identificación de horizontes arqueológicos, basados esencialmente en los elementos cerámicos, más difícil, por no decir imposible resulta abordar cualquier intento referido a aspectos como la explotación de recursos, hábitats, territorio u otros rasgos que configuran el entramado económico y social de las gentes que poblaron estas comarcas durante la segunda mitad del II milenio BC. La única variable que puede aportar información por haber sido estudiada desde diferentes puntos de vista es la concerniente a los rituales funerarios.

Los sistemas de enterramiento son, quizás, el aspecto mejor conocido de la Prehistoria reciente de La Rioja. Los yacimientos sepulcrales asociados a cerámicas con decoración campaniforme, espectaculares por sus ajuares, son francamente heterogéneos. Reocupan sepulcros megalíticos (Peña Guerra I y II, Collado Palomero, Collado del Mollo, La Unión), construyen fosas colectivas (La Atalayuela) o cistas (Rincón de Soto), mientras que en momentos posteriores, a lo largo de la Edad del Bronce, son las cuevas de inhumación múltiple las que sustituyen a los anteriores espacios rituales (Tragaluz, San Bartolomé, Los Lagos...) (RODANÉS, 1996).

Está comprobado que las inhumaciones en cuevas no son exclusivas del Bronce Medio en la Meseta o de Cogotas I, aunque esto no excluye la posibilidad de que se utilizasen en un momento determinado o en un territorio concreto tal como queda claramente reflejado en el reciente estudio de Esparza (1990). El ritual documentado es francamente heterogéneo y no se puede establecer una norma o patrón único (BLASCO *et alii*, 1991, 70; CASTRO *et alii*, 1995, 72)

En el Valle del Ebro el panorama es similar. La utilización de cavidades como espacio sepulcral adquiere especial relevancia a partir del Neolítico, alcanzando su máxima intensidad durante el Calcolítico y Edad del Bronce. El hecho de que en varias aparezcan cerámicas tipo Cogotas I se podría explicar por su incorporación como parte del ajuar, dado el carácter simbólico que en un momento determinado pudieron desempeñar, o bien porque impregnaron el repertorio cerámico cotidiano de las gentes que utilizaron las cuevas como sepulcros. Así interpretaríamos su presencia en determinadas cavernas, numéricamente poco significativas y localizadas mayoritariamente en las estribaciones del Sistema Ibérico (RODANÉS, 1996). En ningún caso creemos que se deba establecer aquí una relación directa entre ajuar cerámico Pre-Proto o Cogotas I y enterramiento en cueva.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1952): "La España de las Invasiones Célticas". *Historia de España de Menéndez Pidal*, T. I, vol II. Madrid.
- ÁLVAREZ, P., y CENICEROS, J. (1992): "Materiales de la Edad del Bronce Procedentes de Prado Viejo (Logroño)". *Berceo* 122, 153-159.
- ÁLVAREZ, P., y PÉREZ ARRONDO, C. (1987): *La Cerámica Excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Medio del Ebro*. I.E.R. Logroño.
- APELLANIZ, J. M. (1968): "El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco". *E.A.A.* 7.
- BARRIOS, I., y CENICEROS, J. (1992): "Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, la Rioja). Campaña de 1988". *Berceo* 121, 27-59. Logroño.
- BEGUIRISTAIN, M. A., y CASTIELLA, A. (1973): "La colección Julio Rodríguez del Seminario Diocesano de Logroño". *Miscelánea de Arqueología Riojana*, 166 y ss.
- BLASCO, M. C. (1987): "El Bronce Medio y Final". *130 años de Arqueología Madrileña*, 84-108.
- BLASCO, M. C.; CAPILLA, M. I.; ROBLES, F. J.; GONZÁLEZ, V. M., y GONZÁLEZ, A. (1991): "Enterramientos del Horizonte Protocogotas en el Valle del Manzanares". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, 52-112.
- BOSCH GUIMPERA, P. (1915): "La cerámica Hallstattiana en las cavernas de la provincia de Logroño y su ocupación en distintas épocas". *Boletín de la Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas* 4, 9-15. Madrid.
- (1828): *Pyrendenhalbinsel*. (M. Ebert: Reallexicon der Vorgeschichte, vol X. Berlín.
- (1944): *La formación de los pueblos de España*. Mexico.
- (1961): "Los problemas del Ne-eneolítico peninsular y el symposium de 1954". *Zephyrus* XII, 42-53.
- (1964): "La cultura de Almería". *Pyreane* 5.
- (1971): "Tipos y cronología del Vaso Campaniforme". *Archivo Español de Arqueología (AEA)* 123-124, 3-37.
- (1975): *Las raíces de Europa*. Madrid 1975.
- CARTAILHAC, E. (1866): *Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. Paris.
- CASADO, M. P., y HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1979): "Materiales del Bronce Final de la cueva de Los Lagos (Logroño)". *Caesaraugusta* 47-48, 97-122.
- CASIANO DEL PRADO, M. (1864): *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*. Madrid.
- CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona.
- CASTILLO, A. (1928): *La cultura del Vaso Campaniforme*. Barcelona.

- (1943/44): "Cronología del Vaso Campaniforme en la Península Ibérica". *AEA*, T II, 53-54 388 y ss.
- CASTRO, P.; MICO, R., y SANAHUJA, M. E. (1995): "Genealogía y cronología de la Cultura de Cogotas I". *BSAA* LXI, 51-118.
- CENICEROS, J., y BARRIOS, I. (1988): "Reinterpretación de las estratigrafías y ajuares arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja)". *Brocar* 14, 53-102.
- CORCHÓN, M. S. (1972): "La estratigrafía de la cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño)". *N. Arq. Hispano (Prehistoria)* I, 55-107.
- DELIBES, G. (1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*. Studia Archaeologica 46. Valladolid.
- (1978): "Inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)". *Trabajos de Prehistoria* 35, 225-251.
- (1982-83): "Grup cultural Las Cogotas I: una visió crítica". *Tribuna de Arqueologia* 82-83, 85-92.
- DELIBES, G., y ESPARZA, A. (1985): "Neolítico y Edad del Bronce". *Historia de Burgos* T I, 117-177. Burgos.
- DELIBES, G., y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986-87): "Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I". *Zephyrus* 39-40, 17-30.
- DELIBES, G., y ROMERO, F. (1992): "El último milénio a.C en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural". *Complutum* 2-3. Paleoeología de la Península Ibérica, pp. 233-259.
- DELIBES, G.; ESPARZA, A.; GARCÍA SOTO, E.; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J., y MARINE, M. (1988): *La colección arqueológica del Padre Saturio Gonzalez en Santo Domingo de Silos*. Burgos.
- DELPORTE, H. (1986): "Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye". *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*. Zaragoza, 429-439.
- EIROA, J. J. (1979): *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria)*. Campañas de 1976 y 1977. E.A.A 107. Madrid.
- ESPARZA, A. (1990): "Sobre el ritual funerario de Cogotas I". *BSAA* LVI, 106-143.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*. Monografías. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León.
- FERNÁNDEZ POSSE, M. D. (1979): "Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arevalillo (Segovia)". *N. Arq. Hisp.* 6, 51-87.
- (1980): "Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)". *N. Arq. Hisp.* 10, 39-64.
- (1981): "La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)". *N. Arq. Hisp.* 12, pp.45-86.
- (1982): "Consideraciones sobre la técnica de boquique". *T.P.* 39, 137-159

- (1986): "La cultura de Cogotas I". *Homenaje a L. Siret.*. Cuevas de Almanzora 1984, 475-487.
- GARIN Y MODET, J. (1912): "Nota a cerca de algunas exploraciones practicadas en la cuenca del río Iregua. Provincia de Logroño". *Boletín del Instituto Geológico de España* XIII, 2 serie, 123-150.
- HARRISON, R. J. (1977) : *The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal*. Cambridge, Massachusetts. Peabody Museum, Harvard University, bull n.º 35.
- HARRISON, R. J., y MORENO, G. (1990) : "Moncín: una secuencia cultural de la Edad del bronce (Borja, Zaragoza)". *Cuadernos de Estudios Borjanos* XXIII-XXIV, pp.11-28.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1975): "Un poblado de la Edad del Bronce en Aguilar del Río Alhama (Logroño)". *Miscelánea Arqueológica a A. Beltrán*, 115-129. Zaragoza.
- HOYOS SAINZ, L. (1943): "El cráneo fósil humano de Cueva Lóbreaga". *Boletín de la Real Sociedad española de Historia Natural* XLI, 503-509.
- JIMENO, A. (1984) : *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. E.A.E. 134. Madrid.
- (1985): "Elementos de relación entre la zona riojana y el Alto Duero en el Eneolítico y Edad del Bronce". *Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja*, pp.41-55.
- (1988): "La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior". *Trabajos de Prehistoria* 45, 103-121.
- JIMENO, A., y FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. Madrid.
- LARTET, L. (1866): "Poteries primitives instruments en os et silex taillés des cavernes de la Vieille Castille". *Rev. Arqueologique*, año 7, vol, XIII, 114-134.
- MARCOS POUS, A. (1973): "Trabajos del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra en la Provincia de Logroño durante los años 1965-1966". *Miscelánea de Arqueología Riojana*, 9-52.
- MARTÍNEZ FLÓREZ (1991): "Antropología física de los restos humanos procedentes de una cámara sepulcral de la Edad del Bronce, localizada en la cueva I 6 de Pinillos (La Rioja). *Leza* . Cueva sepulcral I 6 (Pinillos, La Rioja), 83-101.
- (1996): "Antropología física de los restos esqueléticos procedentes de Tragaluz (Pinillos) y San Bartolomé (Nestares)". En *Las Cuevas sepulcrales de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja)*. Rodanés 1996 (en prensa).
- MARTÍNEZ OLMEDO, L. (1946): *Monografía de la Villa de Ortigosa de Cameros*. Madrid.
- MARTÍNEZ SANTAOLALLA, J. (1926): "Prehistoria Burgalesa". *Bulletí de l'Associació Catalana de Antropologia Etnografia y Prehistoria*, vol IV, 85-109.
- (1930): "Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla La Vieja y Asturias". *Archivo de Prehistoria Madrileña*, 99-129.
- MOLINA, F., y ARTEAGA, O. (1976): "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* I, 175-214.

- MORENO, G. (1971-1972): "Cerámica campaniforme en la Cuenca Alta y Media del Ebro y provincias adyacentes". *Caesaraugusta*, 35-36, pp.29-53.
- OBERMAIER, H. (1916): *El hombre fósil*. Segunda edición, Madrid 1925.
- OTEYZA, J. A. (1786): Gaceta de Madrid. Septiembre.
- PANI DEL (1915): "Noticia de hallazgos prehistóricos en tres cuevas aún no citadas de la Sierra de Cameros". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 1-7. Madrid.
- (1921): "La Edad de Cueva lóbrega y de las de Peña Miel en la Sierra de Cameros". *Boletín de la Real Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 130-140. Madrid.
- PELLICER, F. (1985): "Modelado exokárstico de la Plataforma de Los Gamellones (Torrecilla de Cameros. La Rioja)". *Actas del I Coloquio sobre Geografía de La Rioja*, 43-54. IER. Logroño.
- PELLICER, M. (1984): "La problemática del bronce final-hierro del nordeste hispano: elementos de substrato". *Scripta praehistorica*. Francisco Jordá, Oblata, 399-431.
- PÉREZ ARRONDO, C. (1986): "Algunos datos para el estudio de la Edad de los Metales en el Valle del Ebro Medio". *Homenaje a A. Beltrán*, 267-283. Zaragoza.
- (1987): "El fenómeno megalítico en la margen derecha del Ebro: La Rioja. Estado de la cuestión y principales problemas". *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 159-180. Madrid.
- PÉREZ ARRONDO, C., y BARRIOS, I. (1989): "Nuevos trabajos arqueológicos en la cueva de Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja). Informe preliminar". *Berceo* 116-117, 23-48. Logroño.
- PÉREZ ARRONDO, C.; CENICEROS, J., y DUARTE, P. (1987): *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. III: La cerámica*. Instituto de Estudios Riojanos. Historia 6. Logroño.
- PICAZO, J. (1993) : *La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turolense, I. Los Materiales Cerámicos*. Monografías Arqueológicas del SAET 7. Teruel.
- PUIG Y LARRANZ, M. (1864): *Cavernas y Simas de España*. Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España. Madrid.
- RÓDANES, J. M. (1982): *El poblamiento prerromano del Valle del Iregua (La Rioja)*. Tesis de Licenciatura inédita. Zaragoza.
- (1983): "La cueva sepulcral de San Bartolomé (Nestares, La Rioja)". *Berceo* 105, 75-91.
- (1990): "La cueva sepulcral del Tragaluz (Pinillos, La Rioja)". *Estrato* 1, 26-29. Logroño.
- (1991): "El poblamiento prerromano del Valle del Iregua. Estado actual de las investigaciones". *Estrato* 3, 4-8. Logroño
- (1992) : "Del Calcolítico al Bronce Final en Aragón. Problemas y perspectivas". *Aragón/Litoral Mediterráneo*, pp.491-515.

- (1993): "Cuevas sepulcrales en el Valle del Iregua". *Estrato* 5, 8-13.
- (1996 a): "Del Neolítico al Bronce Final en La Rioja. Repertorio de dataciones absolutas". *Estrato* 7, 4-10.
- (1996 b): *Las cuevas sepulcrales de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja)*. Instituto de Estudios Riojanos (en prensa).
- RÓDANES, J. M., y GALVE, M. P. (1982): "El yacimiento con cerámica excisa de La Coronilla (Lardero, La Rioja)". *Bajo Aragón Prehistoria* IV, 84-95.
- RÓDANES, J. M., y RAMÓN, N. (1996): "La cerámica de la Edad del Bronce". Excavaciones en la cueva del Moro de Olvena (Huesca). *Bolskan* (en prensa).
- RÓDANES, J. M.; SÁENZ PRECIADO, P.; SÁENZ PRECIADO, C.; ILARRAZA, J., y GARCÍA TRE, P. (1994): "La cueva de San Bartolomé (Nestares, La Rioja). Campaña de 1994". *Estrato* 6, 16-20
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): "Cogotas I y los primeros "Campos de Urnas en el Alkro Due-ro". *1 Symposium de Arqueología Soriana*, 169-187.
- SAIZ QUEVEDO, M. L. et alii (1990): *Cueva sepulcral I-6 (Pinillos, La Rioja)*. Leza, Cuaderno de espeleología. Logroño.
- SESMA, J., y GARCÍA, M. L. (1994): "La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en Las Bardenas Reales de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 2, pp.89-219.
- TARACENA, B. (1941): "La antigua población de la Rioja". *A.E.A.* 157 y ss.
- VICENTE, M. (1946): "Geografía, Geología y Paleontología". Cap. VI de la obra de L. Martínez Olmedo: *Monografía de la Villa de Ortigosa de Cameros*. Madrid.